

EXCEDENTE ECONÓMICO E IRRACIONALIDAD CAPITALISTA

PAUL A. BARAN



**EXCEDENTE
ECONÓMICO E
IRRACIONALIDAD
CAPITALISTA**

PAUL A. BARAN

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Tercera edición, España, 2024. El presente volumen ha sido preparado por José Aricó.

info@unoendos.net
<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es instrumento de trabajo para construir tu educación. Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR	7
ADVERTENCIA	8
EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL	9
¿CRISIS DEL MARXISMO?	17
ECONOMÍA POLÍTICA Y POLÍTICAS ECONÓMICAS	26
EL CONCEPTO DE «EXCEDENTE ECONÓMICO»	51
IMPORTANCIA TEÓRICA Y PRÁCTICA DE LA NOCIÓN DE «EXCEDENTE ECONÓMICO»	51
LAS TENDENCIAS DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y LA NOCIÓN DE «EXCEDENTE»	52
EXCEDENTE ECONÓMICO Y PLUSVALÍA	55
SIGNIFICACIÓN TEÓRICA E IDEOLÓGICO-POLÍTICA DE LA UTILIZACIÓN DEL CONCEPTO DE «EXCEDENTE».	56
NOTAS	59

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos de Paul A. Baran incluidos en el presente volumen fueron extraídos de las siguientes publicaciones:

1. «*The Commitment of the Intellectual*», *Monthly Review*, vol. XIII, may 1961, pp. 8-18. Con leves modificaciones utilizamos la versión dada por *Selecciones en castellano de Monthly Review*, año I, nº 1, julio de 1963.

2. «*Crisis of Marxism?*», *Monthly Review*, vol. X, oct. 1958, pp. 224-234. Traducción del inglés de Alberto Crespo.

3. «*Économie politique et politiques économiques*», *Les Temps Modernes*, nº 212, jan. 1964, pp. 1226-1261. Este trabajo debía aparecer como prefacio a la edición francesa de *Economía política del crecimiento*, anunciada por Julliard para su colección «*Temps Modernes*». Posteriormente dicho libro apareció publicado por Maspero y con prólogo de Ch. Bettelheim. La traducción del francés pertenece a José Aricó.

ADVERTENCIA

Los trabajos de Paul A. Baran (1909-1964) incluidos en el presente Cuaderno constituyen complementos necesarios de sus dos obras fundamentales *La economía política del crecimiento* y *Capitalismo Monopolista* (esta escrita conjuntamente con Paul Sweezy). Dichos trabajos aportan nuevos elementos para abonar la tesis que las fundamenta y que Baran considera la única capaz de explicar de manera científica las tendencias actuales y futuras del sistema capitalista monopolista. Para Baran, lo que distingue al capitalismo monopolista del capitalismo de concurrencia es la aparición de una potente y sistemática *tendencia al aumento del excedente económico* y una dificultad cada vez mayor para encontrar los mecanismos adecuados de «absorción» del excedente. De allí entonces la comprobación de la existencia de una contradicción irresoluble entre la racionalidad creciente de las técnicas productivas y de la organización que las administra (el *management* al que alude Servan-Schreiber en su tan sonada requisitoria contra el «primitivismo» de la industria europea), y la irracionalidad creciente en el funcionamiento y en la comprensión de la sociedad en su conjunto.

Como el concepto de «excedente económico» está en la raíz de toda su elaboración teórica, nos hemos permitido publicarlos bajo el título de *Excedente económico e irracionalidad capitalista*.

A modo de introducción incluimos también su breve ensayo sobre «El compromiso del intelectual», porque a pesar de ser conocido ya por los lectores, creemos que ofrece la contrapartida del análisis un tanto pesimista del capitalismo norteamericano que constituye la obra de Baran. Muestra con profundidad las tensiones a que está sometido el intelectual en las sociedades capitalistas avanzadas y la necesidad de contraponer al pesimismo de la conciencia, surgido del análisis rigurosamente científico de la realidad, el optimismo de la voluntad revolucionaria y transformadora, parafraseando aquí las palabras de Gramsci.

Como apéndice agregamos algunas consideraciones sobre el concepto de «excedente», con el propósito de facilitar al lector no especializado la comprensión de un texto que utiliza dicho concepto dándolo por conocido.

EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL

¿Qué es un intelectual? La respuesta más lógica parecería ser esta: una persona que trabaja con su intelecto, proveyendo a su subsistencia (o, si no necesita preocuparse de esas cosas, por mero interés personal), mediante el empleo de su cerebro más bien que de sus músculos. Empero, por simple y directa que sea, esta definición resulta completamente inadecuada, si se la considera en términos generales. Por ser aplicable a cualquiera que no realice labores físicas, no se ajusta a lo que la mentalidad común entiende por «intelectual». Indudablemente, las expresiones vulgares que califican al «cráneo» de nuestros días, imaginándolo como el clásico profesor de la melena larga y revuelta, sugiere que en algún punto de la conciencia del público existe una noción diferente. Esa noción distingue a cierta categoría de personas ubicadas en un estrato más angosto que el de aquellos que «trabajan con el cerebro».

No se trata de un juego de palabras. La existencia de estos dos conceptos distintos refleja una condición social bien diferenciada, cuya comprensión puede acercarnos a apreciar mejor el puesto y la función del intelectual en la sociedad. Porque la primera definición, con todo lo amplia que es, se aplica exactamente a un vasto grupo de personas que constituye un importante sector de la sociedad: los individuos que trabajan con su mente y no con sus músculos, que viven de sus ideas y no de sus manos. A estos les llamaremos *trabajadores intelectuales*. Son los médicos, los directivos de empresa y los propagadores de cultura, los bolsistas y los profesores universitarios. No hay nada de peyorativo en esta generalización; no más de lo que puede haber en el concepto «todos los americanos», o en «todas las personas que fuman en pipa». La sostenida proliferación de ese grupo de trabajadores intelectuales representa uno de los frutos más espectaculares del desarrollo histórico hasta el presente. Refleja un aspecto de importancia crucial en la división social del trabajo, que arranca desde la temprana cristalización de un clero profesional y culmina con el avance del capitalismo: nos referimos a la separación entre la actividad mental y la manual, entre los «cuellos duros» y los «cuellos azules».

Tanto las causas como las consecuencias de esta separación son complejas y profundas. Posibilitada por la expansión continua de la productividad, y contribuyendo poderosamente a ella, se ha convertido al mismo tiempo en una de las facetas principales de la desintegración progresiva del individuo, esto es, de lo que Marx llamaba la «alienación del hombre de sí mismo». Esta alienación se expresa no solo en el efecto desarticulador y distorsionante de dicha separación sobre el crecimiento y desarrollo armónico del individuo — efecto que no se mitiga, sino que tan solo se disimula en el hecho de que los

intelectuales puedan hacer algún «ejercicio físico» y los trabajadores manuales tengan acceso ocasional a la «cultura»—, sino también en la radical polarización de la sociedad en dos campos excluyentes, aunque no desvinculados entre sí. Tal polarización, que se interpone en el centro del antagonismo entre las *clases* sociales, genera una espesa niebla ideológica capaz de oscurecer los desafíos reales que enfrenta la sociedad. Esa niebla crea problemas tan falsos y abismos tan destructivos como los que resultan del prejuicio racial o la superstición religiosa. Porque todos los trabajadores intelectuales tienen un evidente interés común: no ser confinados a la más laboriosa, menos remunerativa y —ya que son ellos quienes fijan las pautas de la respetabilidad— menos respetable actividad manual. Guiados por este interés, tienden a enaltecer su propia posición, a exagerar la dificultad de su trabajo y la complejidad de las aptitudes que se requieren para realizarlo, y sobrevalorar la importancia de la educación formal, los títulos académicos, etc. Siempre buscando proteger su posición, se colocan en contra de la labor manual, se identifican con los trabajadores intelectuales que forman la clase dirigente y se consustancian con el orden social que los ha elevado a aquella situación, creando y protegiendo sus privilegios.

Así, dentro del capitalismo, es clásico que el trabajador intelectual sea el fiel servidor, el agente, el funcionario y el vocero del sistema capitalista. Inevitablemente concibe el estado de cosas existente como un estado natural, y se interroga sobre él solo dentro del área limitada de su preocupación inmediata. Esta preocupación se refiere al trabajo que tenga entre manos. Puede que esté satisfecho con el nivel de costos de la fábrica que posee o administra o en la cual está empleado, y posiblemente busque la forma de reducirlo. En otros casos su cometido será «vender» a la opinión pública un nuevo jabón o un candidato político, y en tal supuesto cumplirá su función cuidadosa y científicamente. Quizá no le satisfaga el conocimiento alcanzado sobre la estructura del átomo, en cuyo caso dedicará su energía prodigiosa y su talento a encontrar modos y medios de expandir aquel conocimiento. Alguien se sentirá inclinado a calificarlo como un *técnico*, pero es fácil que este término sea mal entendido. Como presidente de un consorcio, el trabajador intelectual puede tomar resoluciones ponderadas que afecten a la economía nacional así como a la labor y las vidas de miles de personas. Como funcionario importante del gobierno, puede influir decisivamente en el curso de los asuntos internacionales. Y como titular de una gran fundación u organización científica le cabe determinar la dirección y los métodos de investigación de gran cantidad de hombres de ciencia durante un prolongado período. Es evidente que todo esto no se ajusta a la definición del «técnico», que generalmente identifica a individuos cuya tarea no es ya formular políticas sino llevarlas a la práctica, no fijar objetivos, sino buscar los métodos para alcanzarlos, no bosquejar los grandes proyectos, sino cuidar de los detalles pequeños. Y aun así, la designación de «técnico» se acerca más de lo que sugeriría el uso común de la palabra a lo que quiero significar con la expresión «trabajador intelectual».

Porque, repito, el propósito de la labor y el pensamiento del trabajador intelectual es la tarea particular que tiene en sus manos. Es la racionalización,

el dominio y el manejo de cualquier aspecto de la realidad que constituye su preocupación inmediata. En este aspecto difiere muy poco —si algo difiere— del trabajador manual que modela láminas de metal, realiza el montaje de un motor o coloca los ladrillos de una pared. Para decirlo en términos negativos, el trabajador intelectual no se dirige, *como tal*, al significado de su trabajo, a su sentido, a su ubicación dentro de la total estructura de la actividad social. Y aun dicho en otros términos, no le preocupa la relación que tenga el segmento de realización humana dentro del cual le toca operar, con los otros segmentos y con la totalidad del proceso histórico. Su *motto* «natural» es ocuparse de sus propios asuntos y, si es concienzudo y ambicioso, alcanzar toda la eficacia y el éxito posibles. En cuanto a lo demás, dejar que los otros también se ocupen de lo suyo, sea lo que sea. Habitado a pensar en términos de adiestramiento, experimentación y competencia, el trabajador intelectual considera que el ocuparse de esa totalidad es una especialidad entre tantas. Tal es, en su concepto, la «esfera» de los filósofos, los funcionarios religiosos o los políticos, así como la «cultura» o los «valores» constituyen la esfera de los poetas, artistas y sabios.

No es que cada trabajador intelectual se formule explícitamente y sustente a conciencia este punto de vista. Pero tiene, casi podría decirse, una afinidad instintiva con las teorías que lo originan y racionalizan. Una de ellas es el conocido y prestigiado concepto de Adam Smith de que, en el mundo, cada uno de los que cultivan su propio jardín contribuyen al florecimiento de los jardines de todos. A la luz de esta filosofía, la relación con la totalidad se desplaza del centro de la preocupación del individuo y lo afecta en todo caso muy marginalmente en su capacidad como ciudadano. Y la fuerza e influencia de esta filosofía derivan de la muy importante verdad que encierra: la de que, bajo el capitalismo, el todo se ubica ante el individuo como un proceso totalmente objetivado e irracionalmente impulsado por fuerzas oscuras que él mismo es incapaz de discernir y sobre las que no puede actuar.

La otra teoría que refleja la condición y satisface los requisitos del trabajador intelectual es el concepto de separación entre los medios y los fines, del divorcio entre la ciencia y la tecnología por un lado, y la formación de objetivos y valores por el otro. Esta posición, cuyo vetusto arraigo iguala por lo menos a la de Adam Smith, ha sido hábilmente descrita por C. P. Snow como un «medio de retraerse» [1]. Según las propias palabras de Snow, «aquellos que buscan retraerse dicen: *nosotros* producimos las herramientas. Allí concluimos. Queda para *ustedes*, el resto del mundo, los políticos, determinar cómo se han de usar las herramientas. Ellas pueden emplearse para propósitos que la mayoría de nosotros consideramos malos. Si es así, lo lamentamos mucho, pero como hombres de ciencia eso no nos concierne». Y lo que vale para los científicos se aplica con igual fuerza a todos los demás trabajadores del intelecto.

No es necesario decir que el «retraimiento» conduce en la práctica a la misma actitud de «ocuparse de sus propios asuntos» propugnada por Smith. Es lo mismo, pero definido de manera distinta. Y cada actitud permanece esencialmente inmodificada por la disposición actualmente generalizada a depositar la fe personal en el gobierno más bien que en el principio del *laissez faire*; a

sustituir por la mano invisible de Dios la más concreta, si no necesariamente la más beneficiosa, mano del estado capitalista. El resultado es el mismo: la preocupación por el todo parece irrelevante al individuo, y este, al dejar la preocupación a otros, acepta *eo ipso* la estructura existente del todo como algo dado, al mismo tiempo que suscribe los criterios de racionalidad prevalentes, los valores dominantes y los encasillamientos socialmente forzados de la eficiencia, las realizaciones, el éxito.

Es en la relación con los problemas presentados por el proceso histórico *total* donde debe buscarse la brecha decisiva que separa a los intelectuales de los trabajadores del intelecto [2]. Porque lo que señala al intelectual y lo distingue de los trabajadores del intelecto, así como de todos los demás, es que su preocupación por el proceso histórico total no es un interés de naturaleza tangencial, sino que toma cuerpo en su pensamiento e influye notablemente en su trabajo. Por supuesto, ello no implica que el intelectual, en su actividad diaria, mantenga permanente contacto con todo lo que se refiere a la evolución histórica. Esto sería naturalmente un imposible. Lo que sí quiere decir es que el intelectual vive buscando sistemáticamente relacionar cualquier área específica en la que pueda estar trabajando, con los demás aspectos de la existencia humana. Estamos aquí frente a un esfuerzo por *interconectar* cosas que para los trabajadores del intelecto, ubicados en la estructura de las instituciones capitalistas e imbuidos de la ideología y la cultura burguesas, aparecen necesariamente colocadas en compartimientos separados del conocimiento y el trabajo de la sociedad. Por cierto, es este esfuerzo por interrelacionar lo que constituye una de las características sobresalientes del intelectual. Y, del mismo modo, es este esfuerzo lo que identifica a una de las principales funciones del intelectual en la sociedad: servir como símbolo y como mentor del hecho fundamental de que los aspectos aparentemente autónomos, desarticulados y separados de la existencia social bajo el capitalismo —la literatura, el arte, la política, el ordenamiento económico, la ciencia, las condiciones culturales y físicas del pueblo— solamente pueden ser comprendidos (e influidos) si se los visualiza claramente como partes de la totalidad global del proceso histórico.

Este principio, «la verdad es el todo», para usar una expresión de Hegel, lleva implícita la ineludible necesidad de negarse a aceptar como cosa *dada*, o considerarla inmune al análisis, cualquier parte aislada del todo. Sea que la investigación se refiera a la desocupación en un país, al atraso y la miseria en otro, el estado de la educación en este instante o al desarrollo de la ciencia en cualquier momento futuro, nunca el conjunto de las condiciones que prevalezcan en la sociedad podrá tomarse como algo dado e irreversible; nunca se considerará como un problema «extraterritorial». Y resulta de todo punto inadmisibles abstenerse de poner al desnudo las complejas relaciones entre cualquier fenómeno que constituye un problema, y aquello que es incuestionablemente la entraña vital del proceso histórico: la dinámica y la evolución del orden social en sí mismo.

Todavía más importante es advertir las consecuencias de la costumbre, cultivada con tesón por los ideólogos burgueses, de considerar que los llamados «valores» contenidos en el pueblo están fuera del alcance de la observación

científica. Porque estos «valores» y «juicios éticos» que para los trabajadores del intelecto son sustancia intocable, no llueven del cielo. Ellos constituyen aspectos y resultados importantes del proceso histórico y no basta limitarse a tomar conocimiento de los mismos, sino que deben examinarse con relación a su origen y a la función que les cabe en el desarrollo histórico. En rigor, la desfetichización de los «valores», «juicios éticos» y demás, la identificación de las causas sociales, económicas y físicas de su surgimiento, cambio y desaparición, así como la revelación de los intereses específicos a los cuales sirven en determinado momento, representan la mayor contribución individual que pueda hacer un intelectual a la causa del progreso humano.

Y esto suscita un nuevo problema. Al interpretar que sus funciones consisten en la aplicación de los medios más eficaces para lograr determinados fines, los trabajadores del intelecto adquieren una visión agnóstica de los fines en sí mismos. En su carácter de especialistas, administradores y técnicos, creen que nada tienen que ver con la formulación de los objetivos; no se sienten calificados para expresar su preferencia por un objetivo u otro. Como se dijo más arriba, admiten que pueden tener ciertas preferencias como ciudadanos, pero sostienen que ellas no importan ni más ni menos que las preferencias de los demás ciudadanos. Y como expertos, científicos o sabios se abstienen de refrendar uno u otro de tales «juicios de valor». Debe quedar perfectamente claro que tal abstención involucra en la práctica el apoyo del *statu quo*, la colaboración con aquellos que buscan obstruir cualquier cambio en el orden de cosas existente encaminado a lograr un orden mejor. Es esta «neutralidad ética» la que ha llevado a más de un economista, sociólogo o antropólogo a declarar que *en tanto* que hombre de ciencia, no puede expresar opinión alguna sobre si sería mejor o peor para los pueblos de los países subdesarrollados entrar por las rutas del crecimiento económico, y es en nombre de la misma «neutralidad ética» que eminentes hombres de ciencia han dedicado sus energías y su talento a la invención y al perfeccionamiento de la guerra bacteriológica.

A esta altura podría objetarse que estoy desviándome de la cuestión, ya que el problema surge precisamente de la imposibilidad de deducir en forma exclusiva por medio de la evidencia y la lógica qué es bueno y qué no lo es, o qué contribuye al bienestar humano en lugar de conspirar contra él. Por más fuerza que tenga este argumento, está decididamente fuera de la cuestión. Puede admitirse sin dificultad que no hay posibilidades de llegar, con respecto a lo que es bueno y lo que es malo para el progreso humano, a un juicio que sea *absolutamente* válido sin limitaciones de tiempo y espacio. Pero tal juicio *absoluto* y universalmente aplicable es lo que podría llamarse un objetivo falso, y el insistir en él refleja uno de los aspectos de una ideología reaccionaria. La verdad es que lo que constituye una oportunidad para el progreso humano, para el mejoramiento de la vida del hombre, y asimismo lo que conduce o ayuda a su realización, difiere entre un período y otro de la historia, y entre una y otra región del mundo. Los interrogantes relativos a cuáles son los juicios convenientes no han sido nunca interrogantes *abstractos* o especulativos acerca de lo «bueno» y lo «malo» en general. Han constituido siempre pro-

blemas *concretos* colocados entre los compromisos de la sociedad a causa de las tensiones, contradicciones y cambios del proceso histórico. Y en ninguna época ha existido la posibilidad o, digamos mejor, la necesidad de llegar a soluciones *absolutamente* válidas. En todo tiempo se percibe un desafío a la utilización de la ciencia, el conocimiento y la experiencia acumulados por la humanidad para lograr la mayor *aproximación* posible a lo que constituye la mejor solución bajo condiciones determinadas.

Pero si fuéramos a seguir a los partidarios del «retramiento» y a los de la «neutralidad ética», dados a ocuparse de sus propios asuntos, estaríamos impidiendo que el estrato social que precisamente tiene (o debe tener) el mayor conocimiento, la educación más compleja y la más grande posibilidad de explorar y asimilar la experiencia histórica, pudiera proveer a la sociedad de la orientación humana y la inteligente guía que le son tan necesarias en cada coyuntura concreta de su trayectoria. Si, como lo destacó hace poco un eminente economista, «todas las opiniones posibles cuentan, ni más ni menos, tanto como la mía», ¿cuál es, entonces, la contribución que los científicos y trabajadores del intelecto de toda clase pueden y están dispuestos a hacer al bienestar de la sociedad? La respuesta de que tal contribución consiste en el «saber hacer» para aplicarlo a la realización de cualesquiera objetivos que la sociedad elija, no es en absoluto satisfactoria. Pues debería resultar obvio que las «elecciones» de la sociedad no se producen por milagro, que la sociedad es guiada hacia ciertas «elecciones» por los intereses que cuentan con la posibilidad de ejercer la necesaria presión. La renuncia del trabajador intelectual a intervenir en los resultados de esas «elecciones» está lejos de producir un vacío en el área de la formación de los valores. Lo que hace en realidad es dejar el campo libre a los charlatanes, pillos y otros muchos seres cuyos designios serán cualquier cosa menos humanitarios.

No está de más mencionar otro argumento que enarbolan algunos de los más firmes «neutralistas éticos». Observan, algunas veces con grandilocuencia, que después de todo no puede en manera alguna establecerse, sobre la base de la evidencia y la lógica, que haya alguna virtud en ser humanitario. ¿Por qué no van a sufrir hambre algunos pueblos, si su sufrimiento ayuda a otros a disfrutar de la abundancia, la dicha y la libertad? ¿Por qué debe uno luchar por una vida mejor para las masas en lugar de poner buen cuidado en proteger los intereses propios? ¿Por qué debemos preocuparnos de «arrojar margaritas a los cerdos», como se dice vulgarmente, si tal preocupación nos acarrea inconvenientes o incomodidades? ¿No es la postura humanitaria en sí misma un «juicio de valor» carente de base lógica? Hace unos treinta años, en una asamblea pública, me hizo estas preguntas un líder estudiantil nazi (el cual con el tiempo se convirtió en miembro prominente de la SS y funcionario de la Gestapo), y la mejor respuesta que pude darle entonces sigue siendo hoy la respuesta mejor que soy capaz de imaginar: una discusión de fondo sobre los asuntos humanos solo puede llevarse a cabo con seres humanos; uno pierde su tiempo si pretende hablar con bestias sobre asuntos referidos a las personas.

Este es el problema sobre el cual no puede transigir un intelectual. Los desacuerdos, las discusiones y las luchas enconadas son inevitables y, por cierto, indispensables para discernir la naturaleza —y los medios de realización— de las condiciones necesarias para la salud, el desarrollo y la felicidad del género humano. Pero la adhesión al humanismo, la insistencia en el principio de que la búsqueda del progreso humano no requiere justificación científica o lógica, constituye lo que podría llamarse los cimientos axiomáticos de todo esfuerzo intelectual significativo, unos cimientos sin cuya aceptación ningún individuo puede considerarse ni ser tenido como un intelectual.

Aunque los escritos de C. P. Snow no dejan dudas de que él aceptaría sin reservas este punto de partida, se diría que en su opinión el compromiso del intelectual puede reducirse a la obligación de decir la verdad. (¡Vale la pena hacer notar aquí que tampoco existe una base de evidencia o de lógica para respaldar la afirmación de que la verdad es preferible a la mentira!) En rigor, el principal motivo de su admiración por los hombres de ciencia es la devoción de estos por la verdad. «Los científicos —dice en el discurso aludido anteriormente— quieren descubrir *qué hay*. Sin ese deseo no hay ciencia. Es la fuerza motora de toda la actividad. Ella induce al científico a profesar un sacrosanto respeto por la verdad, a cada palmo de su trayectoria. Esto es, si quiere usted descubrir qué es lo que *hay*, no debe engañarse a sí mismo ni engañar a los demás. No debe mentirse a sí mismo. En términos más crudos, no debe usted falsear sus experimentos» (subrayados en el original). Y si bien estas normas nos acercan mucho a la formulación del compromiso básico del intelectual, están lejos de considerar la totalidad del problema. Porque el problema no es meramente establecer si se dice la verdad, sino qué cosa *constituye* la verdad en un caso determinado, sobre *qué* se la dice y sobre *qué* se la calla. Aún en la esfera de las ciencias naturales resultan de importancia estos problemas, y existen poderosas fuerzas en acción que canalizan las energías y capacidades de los hombres de ciencia en ciertas direcciones, anulando o esterilizando los resultados de su trabajo en otros. Cuando se extiende a cuestiones relacionadas con la estructura y la dinámica de la sociedad, el problema asume una significación singular. Porque una afirmación cierta sobre un hecho social puede (y es lo más probable) transformarse en una mentira si el hecho a que se refiere es desprendido del todo social, del que forma parte integral; es decir, si el hecho es aislado del proceso histórico que le dio origen. Así, en este campo, lo que constituye una verdad frecuentemente se busca y se dice (sin arriesgar la seguridad propia) con referencia a cuestiones que realmente no importan, y la búsqueda y enfatización de esa clase de verdad se convierte en poderosa arma ideológica de los defensores del *statu quo*. Por el otro lado, la actitud de decir la verdad sobre lo que *importa*, buscar la verdad acerca del todo, y descubrir las causas sociales e históricas y las interrelaciones de las distintas partes del todo, es sistemáticamente desacreditada por anticientífica y especulativa, y se la castiga incluso mediante la discriminación profesional, el ostracismo social y la intimidación directa.

El deseo de decir la verdad es por lo tanto solo *una* de las condiciones necesarias del intelectual. La otra es la valentía, la disposición a continuar la in-

vestigación racional, hasta dondequiera que ella conduzca, y a acometer «la crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que no ha echarse atrás ni por asustarse de sus propias conclusiones ni por conflictos con cualquier poder que sea» (Marx). Un intelectual es de tal modo, en esencia, un *crítico social*, una persona cuya preocupación es identificar, analizar, y por esa vía contribuir a superar, los obstáculos que se oponen a un orden social mejor, más humano y más racional. Como tal se convierte en la conciencia de la sociedad y en el vocero de cuantas fuerzas progresistas contenga esta en un período cualquiera de la historia. Y como tal es inevitablemente considerado un «creador de problemas», una «molestia», por la clase dirigente que procura conservar el *statu quo*, así como por los trabajadores del intelecto a su servicio, que acusan al intelectual de ser utópico o metafísico en el mejor de los casos, y subversivo o sedicioso en el peor.

Cuanto más reaccionaria es una clase dirigente, más evidente resulta que el orden social sobre el cual reina se transforma en un impedimento para la liberación humana, y más se aprecia que su ideología está contaminada por el antiintelectualismo, el irracionalismo y la superstición. Del mismo modo, en estas condiciones, se hace cada vez más difícil para el intelectual resistir a las presiones sociales desatadas contra él, evitar la rendición frente a la ideología dominante y no sucumbir en el cómodo y lucrativo conformismo de los trabajadores intelectuales. Bajo condiciones tales se hace cuestión de suprema importancia y urgencia el insistir en la función y subrayar el compromiso del intelectual. Porque es bajo tales condiciones que cae dentro de su esfera, como una responsabilidad y a la vez como un privilegio, la tarea de salvar de la muerte la tradición de humanismo, raciocinio y progreso que constituye la herencia más valiosa legada a nuestra sociedad por la evolución histórica de la humanidad entera.

Puede acusárseme de identificar al intelectual con un verdadero héroe y afirmarse que no es razonable exigir a las personas que resistan a todas las presiones de los intereses creados, que pongan el pecho a los peligros que amenazan su bienestar individual, por servir la causa del progreso humano. Estoy de acuerdo en que no sería razonable *exigir* esto, ni lo pretendo. La historia nos enseña que muchos individuos, aún en las edades más oscuras y bajo las condiciones más severas, fueron capaces de trascender sus intereses propios y privados, y subordinar estos a los intereses de la sociedad considerada como un todo. Ello requirió siempre mucha valentía, mucha integridad y mucha inteligencia. Todo lo que cabe esperar por ahora es que nuestro país produzca también su «cuota» de hombres y mujeres dispuestos a defender el honor del *intelectual* contra toda la furia de los intereses dominantes y contra todos los embates del agnosticismo, el oscurantismo y la inhumanidad.

¿CRISIS DEL MARXISMO?

Así como un aguacero provoca el nacimiento de multitud de hongos, así también un período de prosperidad y de elevada ocupación en la economía capitalista provoca casi inevitablemente una ola de confusión e incertidumbre sobre la validez del socialismo y sobre la racionalidad del movimiento socialista mismo. Este fenómeno ha sacudido no solo a un gran número de simpatizantes más o menos tibios del socialismo, sino también a muchos que en una época se identificaron con el movimiento socialista, y que hoy han vuelto la espalda al marxismo, rechazándolo en bloque a favor de algunas variantes del *New Dealism* y del liberalismo burgués, o bien proclamando la necesidad de una revisión mayor de lo que ellos suponen es la doctrina marxista. De aquí derivan dos cuestiones complejas y estrechamente vinculadas: *primera*, el desarrollo del capitalismo en el mundo y en los distintos países, ¿adquirió un movimiento tal como para excluir la necesidad y la deseabilidad de una transformación socialista de la sociedad? *Segunda*, ¿el desarrollo del capitalismo asumió un curso tal como para debilitar las fuerzas del socialismo convirtiendo en imposible o altamente improbable una transformación socialista de la sociedad, aunque esta siga siendo extremadamente urgente y deseable? En las páginas siguientes haremos una tentativa de afrontar estos problemas en sus líneas generales, no con la esperanza de poder ofrecer respuestas definitivas sino con el ánimo de sugerir algunos elementos que podrían representar un punto de partida útil para ulteriores reflexiones y discusiones.

I

Se debe examinar la primera cuestión a la luz de la experiencia norteamericana, ya que es con referencia al capitalismo en Estados Unidos como se la plantea habitualmente. En efecto, en este país —la principal ciudadela del capitalismo moderno— la estructura del orden capitalista difiere en muchos aspectos importantes de la descripción realizada por Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y luego por Marx en muchos de sus escritos. La diferencia más conspicua y de mayor importancia entre el capitalismo norteamericano de hoy y tal como puede ser considerado a comienzos de su era moderna —o sea, a partir aproximadamente de 1870— es el enorme progreso realizado en el desarrollo de las fuerzas productivas. Según algunas evaluaciones, la productividad individual horaria en el conjunto de la economía norteamericana es hoy alrededor de cinco veces mayor que la de 1880. Dado que estas evaluaciones son obtenidas considerando el *conjunto de la fuerza de*

trabajo empleada, se deduce obviamente una subestimación del aumento de la productividad por hora-hombre de los trabajadores dedicados a la producción, o sea una subestimación del trabajo empleado en el proceso de *producción* de bienes y servicios, con exclusión de aquel relativo a las operaciones de venta, publicidad, etc. Esta subestimación se agranda por el hecho de que también una fracción importante de los trabajadores *pertenecientes a la producción* es empleada en la actualidad en las *operaciones relativas a la venta*: el pegado del cromó y las aletas de los automóviles, la transformación y la complicación de artículos perfectamente funcionales con el propósito de crear la obsolescencia artificial de modelos recientes, etc. La importancia de la magnitud del crecimiento de la productividad de la fuerza de trabajo dedicada a la producción, difícilmente puede ser exagerada. En primer término, es bastante evidente —aunque el fenómeno no haya sido hasta ahora estudiado de modo sistemático— que los salarios reales de los trabajadores dedicados a la producción crecieron considerablemente menos que su productividad. Esto significa que el *excedente económico* producido por la sociedad creció mucho más, no solamente en términos absolutos, sino en su forma más importante: como una parte proporcional de la producción total.

Lo más importante, probablemente, es que en tanto este incremento espectacular en el producto por hora-hombre de los trabajadores dedicados a la producción fue logrado dentro de ciertos límites mediante un mejoramiento sensible en la salud y eficiencia de la población trabajadora, se tradujo principalmente en una gran expansión en el volumen del equipo productivo. Las dimensiones de esta expansión pueden ser evaluadas, al menos en parte, si se considera que las empresas industriales emplean ahora aproximadamente 10 HP [*Horsepower*/caballo de potencia] de energía por trabajador dedicado a la producción, comparado con 1,25 HP en 1879. Esta mecanización, que lo abarca todo, fue impulsada por una acumulación masiva de capital, por la explotación extensiva de «economía de escala» y, consecuentemente, por una transición general hacia métodos de producción en masa. Esto, a su vez, condujo al surgimiento y crecimiento de la empresa industrial en gran escala y a la concentración de grandes cantidades de producción industrial en manos de un número relativamente pequeño de empresas gigantes.

Estas empresas, que controlan grandes y crecientes proporciones de la producción de sus respectivas industrias, están, respecto a las finalidades de las empresas capitalistas (o sea a los rendimientos del capital invertido), en una posición mucho más poderosa de la que se encontraban los pequeños competidores que las antecedieron o de la de los pequeños competidores actuales. Capaces como son para medir el impacto de las políticas de sus negocios sobre los precios prevalecientes en sus mercados, no tienen por qué limitarse a las tasas de utilidades que se solían obtener antes en los mercados competitivos y que aún se siguen obteniendo en sectores competitivos del sistema capitalista presente. Lejos de ser menos individualistas en su búsqueda de ganancias de lo que solían ser los capitalistas en el pasado —no se toman en cuenta las afirmaciones en contrario de los apologistas del *Big Business*—, las modernas corporaciones monopolísticas se encuentran asimismo en cir-

cunstances objetivas muy favorables para obtener grandes utilidades. Explo-
tando esta circunstancia hábilmente han convertido lo que solía ser el arte de
acumular una gran cantidad de dinero en lo que está llegando a ser la ciencia
de llevar las utilidades al máximo a largo plazo.

Así, el aumento de la productividad del trabajo (y el mecanismo mediante
el cual se obtiene), combinados con la forma en que se distribuyen sus fru-
tos entre salarios de los trabajadores dedicados a la producción y utilidades
de los capitalistas, lo que es una característica inherente a este sistema, tie-
ne un doble efecto: el excedente económico generado por la economía tiende
a constituir una proporción cada vez más creciente de la producción total y,
por otra parte, a distribuirse en favor de un número decreciente de grandes y
gigantescas empresas capitalistas. Si estas fueran las únicas tendencias que
operan, el sistema capitalista estaría sumergido en un pantano de excedente
económico, ya que ni el consumo de los capitalistas, ni la inversión de las em-
presas capitalistas, serían capaces, aisladamente o en conjunto, de absorber
esta marea creciente. El consumo de los capitalistas no solo está limitado fí-
sicamente —sobre todo porque el volumen del excedente se acumula en un
pequeño número de corporaciones gigantes y de accionistas ricos—, sino que
es asimismo contrario a la necesidad capitalista básica de acumular. La inver-
sión, por el contrario, está limitada por la necesidad de máximas ganancias
de los negocios monopolísticos y oligopolísticos y tiende, bajo condiciones
normales, a ser considerablemente menor al volumen deseado de acumula-
ción del capital [3]. En tales circunstancias la depresión crónica será una con-
dición permanente del capitalismo y el desempleo creciente será su acompa-
ñante eterna.

Sin embargo, así como la mayor parte de las enfermedades de los cuerpos
orgánicos requiere de la acción curativa, de la misma manera las tendencias
económicas generalmente se compensan —cuando menos hasta cierto gra-
do— por acontecimientos opuestos. Tanto el enorme excedente como la con-
centración en las empresas monopolísticas y oligopolísticas, han cambiado
drásticamente la naturaleza y la estrategia de la empresa moderna. Las re-
ducciones de precios, que fueron durante muchos años la faz competitiva del
capitalismo y mediante las que las firmas individuales buscaban mantener
y expandir sus ventas, casi no se toman en cuenta en la actualidad entre las
estrategias de la lucha competitiva. Su lugar ha sido ocupado por una orga-
nización de ventas que se ha extendido enormemente y a muy alto costo, y
que comprende organismos de publicidad, programas de relaciones públicas,
programas de ventas a crédito, etc., y por un marcado y continuo esfuerzo
de diferenciación del producto, de variación del modelo y por la invención y
promoción de objetos de consumo más elaborados, más suntuosos, caros y
elegantes.

Pero ni siquiera la multiplicación del derroche resultante de cuanto prece-
de, o el desarrollo agresivo del sector improductivo, son factores capaces de
suministrar un drenaje suficiente del flujo del excedente. El hecho es que una
gran parte de los gastos de venta, publicidad, cambio de modelos, etc., han
llegado a ser costos necesarios de los negocios bajo el capitalismo monopolís-

tico y se trasladan al consumidor, reabasteciendo así al excedente económico. Al mismo tiempo, una gran parte de los ingresos que reciben los ejecutivos de las corporaciones, los vendedores, los administradores, los expertos en propaganda y relaciones públicas, los investigadores de mercado y diseñadores de modas, se ahorra en vez de gastarse y da origen a lo que podría llamarse la «acumulación secundaria de capital», otra de las categorías en las que hace su aparición el excedente económico.

Tampoco otros mecanismos de funcionamiento más o menos automáticos para la absorción del excedente —exportación de capitales, gastos de corporaciones en investigación y desarrollo u otros similares— son lo suficientemente poderosos para resolver el problema. Es indispensable un esfuerzo consciente para la utilización del excedente económico si se han de mantener sus efectos congestionantes dentro de límites tolerables; si se ha de impedir que la depresión y el desempleo asuman proporciones mayores y pongan así en peligro la estabilidad del orden económico y social. Solo el gobierno puede llevar a cabo tal esfuerzo consciente; sin embargo, el gobierno de una sociedad capitalista no está constituido de manera que pueda promover el empleo deliberado y sostenido del excedente económico para el progreso del bienestar humano. Los poderosos intereses capitalistas que lo controlan, así como su estructura social e ideológica, hacen que la formulación de dicha política sea muy difícil, si no imposible. Si el gobierno no está capacitado para controlar las prácticas de las grandes empresas, menos podrá invertir directamente en actividades productivas, ya que entraría en conflicto manifiesto con los intereses dominantes de las corporaciones monopolísticas y oligopolísticas. El gobierno está imposibilitado por los valores y las costumbres de la sociedad capitalista para efectuar gastos masivos con vistas al bienestar en el interior o en el extranjero. Por lo tanto, aun una administración progresista y liberal tiende a buscar la salvación en los gastos militares, añadiendo de este modo la organización deliberada de lo superfluo en el sector gubernamental a la superfluidad automática creciente del sector privado.

El despilfarro, sin embargo, no puede crecer rápida y uniformemente ya que aún cuando la supervivencia del capitalismo monopolístico llega a depender cada vez más del despilfarro de los recursos, *para la empresa capitalista individual* el derroche representa una deducción de los excedentes a los que hay que oponerse con toda energía. De este modo, ninguna firma, así sea la más grande, puede despilfarrar más recursos de los que se necesitan de acuerdo a las prácticas prevalecientes, de modo que el aumento en los desperdicios solo puede desarrollarse lenta y gradualmente, en la medida en que todas las firmas importantes aumenten sus gastos improductivos y fijen de ese modo nuevos estándares para la economía en su conjunto. En forma similar, el aumento acumulativo del derroche gubernamental organizado y el notable aumento de los presupuestos militares, por más indispensables que sean para el capitalismo monopolístico, solo significan para cada uno de los diputados y senadores (y para la mayoría de sus electores) impuestos más elevados o una carga más pesada de la deuda pública, que se permite solo de mala gana y en un ambiente de peligro exterior, real o inventado.

Con excepción de los períodos de guerra y el lapso inmediatamente posterior, la interacción de todas estas fuerzas crea un aumento vasto y potencial del excedente económico, que significa subproducción, subconsumo y subinversión o — lo que es lo mismo— subempleo de mano de obra, subutilización de la capacidad productiva y depresión. El único remedio de que dispone el sistema capitalista para esta persistente enfermedad es la multiplicación del derroche en el sector privado de la economía. La irracionalidad de esta «cura» es obvia, así como es claro que la única solución *racional* consiste en la planificación social de la producción y de la distribución de bienes y servicios. Pero tal planificación social es imposible sin la propiedad social de los medios de producción, sin una transformación socialista de la propiedad. Nunca como ahora ha aparecido tan claramente la *necesidad* de esta transformación, ya que nunca fue tan inmensa la fractura entre la potencialidad de la sociedad y su desempeño en el estadio actual del capitalismo monopolístico. La necesidad de esta transformación nunca estuvo más firmemente establecida que ahora, ya que nunca fue tan inmensa la brecha entre la potencialidad de la sociedad y su desempeño como lo es en la etapa actual del capitalismo monopolista. Pruebas de tal necesidad son la gran cantidad de tugurios, la pobreza y la ignorancia de millones de familias en el país más rico del mundo. Otra prueba es también la decadencia moral, cultural e intelectual que domina a todo el mundo capitalista más avanzado, además de la miseria de centenares de millones de hombres en los países subdesarrollados; hombres cuya suerte podría ser transformada drásticamente si solo una parte de los recursos permanentemente despilfarrados en los Estados Unidos fuese empleada para ayudarlos a superar su atraso actual.

No puede caber duda alguna acerca de la *urgencia* de sustituir el capitalismo monopolístico por el socialismo. En efecto, cada año perdido significa la muerte prematura y el sufrimiento inconmensurable de millones de hombres en el mundo entero. Cada año perdido aumenta el peligro mortal de que el capitalismo se precipite en la última fase de su drama dialéctico y busque la salvación en un holocausto termonuclear.

II

Pero la necesidad y urgencia de una transformación socialista del mundo dominado por el capital monopolista ¿no amenaza ser meramente un ejercicio intelectual privado de importancia histórica dada la ausencia de un movimiento socialista en los Estados Unidos y dada su debilidad en otros países capitalistas avanzados? Es preciso reconocer que la irracionalidad conduce a una crisis y eventualmente al derrumbe del orden social solo y cuando los sufrimientos que acarrea entre las masas provocan su resistencia y su ira y conducen a la determinación de sustituir el orden antiguo por uno nuevo, mediante una sociedad mejor. Indudablemente, uno de los conceptos marxistas más importantes —concepto que probablemente distingue más que cual-

quier otro al marxismo del socialismo utopista y del racionalismo burgués— es aquel según el cual la comprensión de la existencia y de la naturaleza de la irracionalidad de un orden social, lograda por cualquier pensador aislado desde el comienzo del proceso histórico, es solamente un aspecto, casi irrelevante, de la crisis de ese orden social. Tal comprensión no se convierte en una fuerza histórica hasta que la vida de las masas en un orden social irracional no se vuelva intolerable y las impulse a asociar su crítica, en forma de acción práctica, a la crítica teórica de los intelectuales, de manera tal de elevar a ambas al nivel de un movimiento revolucionario.

Debemos ahora preguntarnos qué sucede si hasta la más pronunciada irracionalidad del orden social *no* determina el sufrimiento insostenible de las capas inferiores de la población; o bien si la clase dominante logra destruir con éxito en el pueblo la conciencia de su miseria y/o logra impedir la comprensión de las causas, apartando de tal modo a las masas de la oposición al orden social existente. Marx y Engels —a pesar de algunas observaciones casuales en sentido contrario— tendían en conjunto a dar por superadas ambas posibilidades. Ya que es propio de la esencia de un orden social irracional infligir sufrimientos y privaciones no necesarias a una población en condiciones de inferioridad y explotada —ante todo, bajo al capitalismo, al proletariado urbano y rural—, aparecía virtualmente como cierto que la vida de las masas trabajadoras se volvería cada vez más insoportable, no solo en el sentido inmediatamente material de un ingreso real decreciente, sino también en el sentido más general de un empeoramiento de la existencia social. Al mismo tiempo, la peculiaridad histórica del sistema capitalista parecía consistir en el hecho de que el progreso tecnológico y la exigencia de los mismos capitalistas de mano de obra disciplinada e instruida, habría creado automáticamente las condiciones para el nacimiento y el desarrollo de un movimiento obrero basado en la comprensión tanto de las causas de la miseria como de la necesidad de la instauración de un orden social más racional.

Pero la historia no ha procedido según estas previsiones, que reflejan la ardiente fe en el progreso del gran siglo de la Ilustración y del Racionalismo. En los países de capitalismo avanzado, como Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y otros también, estos dos factores no se han realizado. En estos países el tenor general de vida creció de manera considerable y la población trabajadora se encuentra ahora en mejor condición de la que tenía, por ejemplo, al comienzo de la actual fase monopolista del capitalismo. Con esto no se quiere decir que el trabajador americano, británico o alemán se encuentre hoy en una condición económica decididamente satisfactoria. ¡Lejos de ello! Los salarios, en la mejor de las hipótesis, son apenas suficientes para suministrarles a ellos y a sus familias un tenor de vida decente; su preparación cultural es baja y sin aliento; y sus horas de reposo son vacías y desoladoras. Constantes oleadas de desocupación, a veces en descenso, otras en aumento, deprimen de manera relevante los modestos salarios medios y producen un estado permanente de endeudamiento y de inseguridad en el empleo. Además, las guerras recurrentes imponen sobre todo a la población trabajadora pesadas contribuciones de sangre.

Sin embargo, existe un mejoramiento significativo de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros en el curso del desarrollo capitalista. Ya que la gente ignora en general *las posibilidades* encerradas en una situación dada, pero es plenamente consciente de las condiciones bastante peores del pasado, su actitud hacia el presente está determinada por la confrontación con lo que era habitual más que con lo que debería ser. No debe omitirse además que el sufrimiento de los trabajadores en una sociedad capitalista afecta con distinta intensidad a los diversos trabajadores. La desocupación, los trabajos particularmente peligrosos, la pérdida de la vida y las mutilaciones causadas por la guerra aparecen ante la gente como desastres *personales*, como manifestaciones de infortunio *individual* antes que como destino de una clase explotada en un orden social pernicioso e irracional.

Pero lo que actúa de manera decisiva en favor de la aceptación del sistema social y económico existente por parte de los estratos inferiores de la población es un proceso estrechamente vinculado a los desarrollos ya mencionados, pero con una dinámica propia y un significado particular. Se trata del hecho de que la mentalidad de la clase dominante se ha convertido sin discusión en la mentalidad dominante. Y la tendencia, sistemáticamente cultivada, a asumir al capitalismo como natural, a considerarlo como el orden obvio de las cosas, ha devenido no solo la actitud de la burguesía sino también la actitud de vastas masas populares. Naturalmente, esta penetración de ideas, de valores éticos, sociales y políticos de la clase dominante no representa algo nuevo o imprevisto. Al contrario. Marx y Engels, desde mediados del siglo pasado, subrayaron repetidamente la probabilidad o también la inevitabilidad de tal estado de cosas. Sin embargo, pareciera que su visión y la de los demás marxistas sobre el papel de la ideología burguesa en el proceso histórico debería ser ampliada para poder considerar lo ocurrido en las sociedades de capitalismo monopolista.

Según el concepto clásico, la ideología burguesa aparece en sustancia como una visión general del mundo que, reflejando los intereses de clase de la burguesía, impide a la sociedad en su conjunto, y en particular a las clases explotadas, la comprensión de la irracionalidad del sistema capitalista. Por otra parte, tal concepción, al *justificar* las relaciones sociales existentes, las protege de las aspiraciones de las masas a la satisfacción plena de las necesidades humanas fundamentales. Es fácil ver que este concepto de la ideología burguesa está ligado estrechamente a la proposición según la cual la irracionalidad del sistema capitalista no puede sino causar constantes (y crecientes) sufrimientos y privaciones a los estratos inferiores de la población. Más precisamente: mientras por un lado la incapacidad del sistema capitalista para satisfacer las necesidades humanas fundamentales es vista como la causa fundamental del nacimiento de un movimiento anticapitalista potente e implícitamente irresistible, por otra parte las ideas religiosas, el principio de la santidad de la propiedad privada, las ideas de derecho y de origen, de igualdad y de interés nacional, aparecen como los bastiones del orden capitalista, como potentes tabúes que vedan a las masas explotadas la abolición de la

explotación del hombre por el hombre y la instauración de una organización estatal más idónea para la satisfacción de las necesidades humanas.

Lo que impide a esta teoría esencialmente exacta responder plenamente a los problemas presentados por el capitalismo monopolista es el hecho de que el papel de la ideología burguesa se ha ampliado considerablemente en el curso de los últimos cien años. En realidad, la ideología burguesa ha sido capaz no solo de adecuarse a las funciones descubiertas y analizadas por Marx y Engels, sino también de asumir nuevos y más ambiciosos propósitos. Ella no sirve ya solo de barrera a las aspiraciones del pueblo hacia una sociedad mejor, ni constituye solamente el reticulado que impide al pueblo la satisfacción de sus necesidades esenciales y de sus aptitudes potenciales; la ideología burguesa ha alcanzado hoy lo que puede ser llamado su principal objetivo: sometiendo a un proceso de involución, ha introducido una robusta cuña entre necesidades y deseos humanos. En una época se pensaba que el pueblo sería impulsado a la ira por las injusticias, las desigualdades y la explotación, pero que el temor de la condena y del castigo divino o social lo apartaría temporariamente de la rebelión. En la época del capitalismo monopolista, en cambio, la injusticia, la desigualdad y la explotación no son entendidos y sentidos *en cuanto tales*, no se quiere luchar contra tales fenómenos ya que se los considera como aspectos naturales de las cosas. Mientras en una época era habitual pensar que la ideología burguesa defendería el orden social existente contra los esfuerzos del hombre orientados a satisfacer sus necesidades fundamentales —un tenor de vida y de instrucción decente, solidaridad y cooperación entre los individuos, una justa remuneración del trabajo y libertad de la explotación—, los deseos actuales de los hombres en las sociedades capitalistas más avanzadas son determinados por una orientación agresiva y dirigida hacia la obtención de privilegios individuales, la explotación de los otros, el consumo improductivo y diversiones banales. Gracias a la asimilación de los tabúes y de la moral burguesa, el pueblo, sometido por la cultura del capitalismo monopolista, no quiere lo que necesita y no tiene necesidad de aquello que desea [4].

El concepto clásico de la función de la ideología burguesa no logra comprender estos cambios profundos por dos razones. En primer lugar, también Marx y Engels —en cuanto fueron muy conscientes de la plasticidad y maleabilidad de la naturaleza humana— subestimaron decididamente la medida en que los deseos humanos pueden ser influenciados y deformados por el orden social en el que el hombre está encerrado. Paralelamente, atribuyendo al capitalismo solo una vida relativamente breve, ellos no estaban en condiciones de anticipar el campo y la profundidad de acción de los hábitos formados por siglos de desarrollo capitalista.

Si las consideraciones precedentes son válidas, se deduce que las sociedades capitalistas avanzadas están enfermas. Así como el recurso continuo al alcohol y a los narcóticos conduce antes o después al desastre, así también una divergencia prolongada entre las necesidades y los deseos del hombre no puede menos que desembocar en la catástrofe. Una sociedad organizada irracionalmente, en cuanto es incapaz de generar fuerzas internas orientadas a

su propia abolición y a la introducción de relaciones sociales más racionales, conduce necesariamente al estancamiento económico, a la decadencia cultural y a un sentimiento difundido de resignación. Tal tipo de sociedad, alguna vez la más progresiva del mundo, pierde su posición hegemónica, se desliza fuera de la corriente del desarrollo histórico y tiende a basarse en la reacción, la inhumanidad y el oscurantismo.

Seríamos miopes, sin embargo, si pretendiéramos juzgar la perspectiva del socialismo en el mundo sobre la base de las condiciones prevalecientes en los países de capitalismo monopolista. Tales naciones, en el curso de la historia mundial, movilizaron fuerzas gracias a las cuales la irracionalidad del orden social dio origen a un potente movimiento en sentido opuesto. Es mérito del genio de Lenin haber reconocido que en la época del capitalismo monopolista y del imperialismo la función de guía debía ser tomada por las naciones coloniales y subdesarrolladas. Sometidas a la presión de la irracionalidad del sistema capitalista sin estar expuestas, como los países capitalistas más avanzados, al choque debilitante y desmoralizador de la cultura y de la ideología burguesas, algunas de estas naciones ya se han rebelado y otras se están rebelando contra la irracionalidad del orden capitalista y marchan ahora a la cabeza del progreso histórico. En un período de tiempo relativamente breve serán estos países quienes darán el tono al desarrollo ulterior del mundo, mientras que los países del capitalismo monopolista primero quedarán retrasados y luego, quizás, serán sacudidos por la fuerza del ejemplo y por un lento, pero inevitable proceso de ósmosis.

Si bien no es posible negar que muchos de los aspectos aquí trazados de este desarrollo no corresponden a lo que habitualmente se considera como la doctrina marxista, sería absolutamente erróneo, sin embargo, deducir de ellos que el marxismo ha devenido un cuerpo de pensamiento envejecido y erróneo. Al contrario, solo con la ayuda del marxismo los eventos actuales pueden ser adecuadamente estudiados y comprendidos, lo cual implica no una incoherente mezcla de citas de Marx y Engels, recogidas en forma aislada y sin consideración de la época y del contexto, sino la aplicación consecuente del potente *método* analítico de Marx. Pero la discusión de este amplio e importante argumento debe ser dejada para otra ocasión.

ECONOMÍA POLÍTICA Y POLÍTICAS ECONÓMICAS

«La ciencia social necesita menos uso de técnicas elaboradas y un mayor valor para enfrentarse a los problemas centrales en vez de esquivarlos. Pero exigir esto, es desconocer las razones sociales que han hecho de esta ciencia lo que es».

J. D. Bernal, *Science in History*. 

I

He realizado grandes esfuerzos para tratar de elucidar la confusión generalizada sobre una de las nociones centrales de la teoría económica: la de *soberanía del consumidor*. Pero tengo la impresión de no haberlo logrado del todo. Existen pocos dominios donde las insuficiencias del economista clásico son tan evidentes y perjudiciales para una comprensión acabada. Comprometido sin remedio a aceptar el orden económico y social existente como inmutable, y pensando solo con categorías que reflejan las relaciones capitalistas de producción, el economista académico más competente está inexorablemente encerrado en la trampa que le tiende el pensamiento burgués: la obligación de tener siempre que elegir entre dos opciones opuestas, pero igualmente perjudiciales. Al igual que el condenado a muerte que tiene la «libertad de escoger» entre la horca y el pelotón de ejecución, el economista burgués está permanentemente atormentado por la cuestión de saber si la irracionalidad del monopolio es mejor que la anarquía de la concurrencia; si la acumulación de los medios de destrucción es mejor que la paralización económica; si la desigualdad de los ingresos y de las riquezas, que permite a los ricos economizar e invertir, es mejor que una repartición equitativa, pero con mucho menos ahorro e inversión. Del mismo modo, el problema de la soberanía del consumidor es entrevisto como la cuestión de saber si este último, expuesto como está a las manipulaciones de la publicidad y de la venta «*au forcing*», debe ser dejado en libertad de gastar como le plazca sus ingresos u obligado a aceptar el surtido de mercancías que cualquier «comisario» juzga conveniente para él. Es claro que, colocado ante este *dilema*, el economista es como el asno de Buridan. Si se arrodilla piadosamente ante la verdad absoluta de las «pefe-

rencias manifiestas» del consumidor, se coloca en la situación incómoda de tener que renunciar a todo juicio que pudiera resultar acerca de la estructura de la producción y, por extensión, sobre el derroche y la degradación cultural que caracterizan de manera tan evidente nuestra sociedad. Por otro lado, si rechaza la función de *última ratio* de las preferencias del consumidor, para acordarlas a un juego de decisiones impuestas por el gobierno, queda absolutamente limitado, pues ello implica el repudio de todas las enseñanzas de la economía del bienestar y, lo que es más grave, de todos los principios de libertad individual que el economista aspira legítimamente a conservar.

La reacción conservadora ante esta dificultad toma dos formas. La primera escuela consiste en tratar el problema, pero negando su existencia. Se pretende aquí que la influencia ejercida sobre los gustos y las preferencias del consumidor por la publicidad y por las campañas encarnizadas de las grandes sociedades, no es más que un peligro imaginario, ya que la persuasión y la ingeniosidad de los vendedores no podrían a largo plazo cambiar la «naturaleza humana», ni imponer al consumidor lo que él no desea. Además, afirma esta escuela, las preferencias manifiestas de los consumidores dan resultados totalmente satisfactorios que no exigen mejora alguna [5].

La segunda escuela conservadora adopta un camino diferente. Admite de buena gana que las preferencias manifiestas del consumidor no tienen nada en común con la noción tradicional de *soberanía* del consumidor, que las empresas gigantes son bastante potentes para manejar los gustos y las preferencias del consumidor de modo tal de llevar al máximo sus propias utilidades, y que todo esto ejerce un efecto perjudicial sobre nuestra economía y nuestra sociedad. Como lo dijo el profesor Carl Kaysen: «Uno de los aspectos de este vasto poder... es el papel que desempeña la dirección de las grandes empresas al determinar los gustos y crear la moda para la sociedad en su conjunto. Esta influencia sobre los gustos va desde el efecto directo ejercido por la presentación de los productos hasta los efectos más indirectos y sutiles, que actúan sobre el estilo del pensamiento y del lenguaje y que es vehiculado por los grandes soportes publicitarios... que son la escuela de estilo que frecuentamos todos los días... En síntesis, esto vuelve a mostrarnos una verdad familiar, a saber que nuestra sociedad es una sociedad de los negocios, y que la gran empresa es la institución «característica» si no estadísticamente típica» [6].

Por escépticos y realistas que sean los autores pertenecientes a esta tendencia, ellos destacan ante todo el hecho de que esas irracionalidades e infortunios son *inherentes* al orden de las cosas, que ellos caracterizan el sistema económico y social del capitalismo monopolístico. «Escuchar profundamente a la sociedad anónima», observa el profesor Masón, «es escuchar muchas otras cosas» [7]. Y en nuestra época el economista no tiene la intención de escuchar «muchas otras cosas».

Esta no es la posición del «liberal». Al considerar las preferencias manifiestas del consumidor como la causa de la repartición irracional de los recursos en nuestra sociedad, de su deplorable situación cultural y moral, el liberal se levanta contra la influencia perniciosa de la publicidad, contra la pseudodiferenciación de los productos, contra su obsolescencia artificial. Protesta

contra la calidad de la cultura suministrada por el sistema de enseñanza, por Hollywood, los periódicos, la radio y la televisión. Y arrebatado por la indignación, concluye que «no se trata de saber si la soberanía debe ser ejercida por los consumidores o por un planificador central, sino de saber si es preciso limitar, modificar o dividir de algún modo el poder que tiene el productor de ignorar a ciertos consumidores e influenciar a otros» [8]. Para llegar a limitar, modificar o dividir, recomienda una lista de «remedios y programas» que van desde las reglamentaciones del tipo «*Food and Drug Administration*» [Represión de los fraudes], pasando por la subvención del Estado a las óperas y teatros, hasta la creación de Comités de Ciudadanos Distinguidos, que tendrían por tarea la de influenciar a la opinión en el sentido de la elección racional y del buen gusto.

A riesgo de provocar confusiones, es necesario decir que en el estadio actual del desarrollo capitalista, el «realista» conservador está frecuentemente más próximo de la verdad que el reformador liberal. Así como es absurdo deplorar las muertes provocadas por la guerra sin analizar la causa, que es la guerra, es también absurdo lanzar un grito de alarma contra la publicidad y todo su cortejo sin designar claramente el foco de infección: la empresa monopolística y oligopolística, y los procedimientos comerciales no competitivos que forman parte de su funcionamiento. Porque no se aborda jamás ese foco, porque Galbraith, Scitovsky y los demás críticos liberales lo consideran como una zona prohibida, porque no hay nada más alejado de sus intenciones (o al menos de lo que manifiestan públicamente) que la idea de un ataque en profundidad contra la empresa gigante, ¿qué puede esperarse de las diversas comisiones de reglamentación que preconizan, o sea de su propia y eventual nominación para Comités de Ciudadanos Distinguidos? Toda su actividad anterior ya ha demostrado ampliamente que son los monopolios los que reglamentan la acción de los organismos de reglamentación y no a la inversa. ¿Hacen falta realmente pruebas suplementarias de la ineficacia de la *Food and Drug Administration*, la *Federal Trade Commission* y la *Federal Communications Commission*? [9]. No hay necesidad de extenderse sobre el poderoso efecto que han ejercido sobre la sociedad las actividades recientes y las relaciones de la muy distinguida Comisión Presidencial de los Fines de la Nación [10]. Pero los reformistas liberales no quieren saber nada de eso. Tratando al Estado como una entidad que presidiría a la sociedad, pero no formaría parte de ella, que fijaría los fines de la sociedad y manipularía su producción y su ingreso permaneciendo insensible a las relaciones de producción existentes e impermeable a los intereses dominantes, se abandonan a un racionalismo que manteniendo las ilusiones no hace sino contribuir al mantenimiento del *statu quo*. En comparación, la fórmula «hemos... alcanzado la frontera entre la teoría económica y la teoría política y no la franquearemos», con la cual el profesor Scitovsky concluía hace diez años su obra maestra [11], representa una posición relativamente sostenible.

El crítico liberal tampoco aborda el fondo de la cuestión. En primer lugar, como buen keynesiano que es, no puede evitar la incoherencia cuando preconiza la reglamentación o sus otros procedimientos de venta. Al respecto,

el *Wall Street Journal* y los economistas «realistas» que comparten esas opiniones están indudablemente sobre un terreno más sólido. Todos esos procedimientos comerciales «indeseables» favorecen y acrecientan *efectivamente* las ventas y contribuyen *efectivamente*, de manera directa e indirecta, a elevar el nivel del ingreso y del empleo. Ocurre lo mismo con la venta de un número cada vez mayor de automóviles, aunque congestionen nuestras ciudades y envenenen el aire que respiramos; y también con la producción de armamentos y la de construcción de refugios. Ninguna de esas actividades puede ser considerada como favoreciendo el progreso y la felicidad del género humano, aunque todas constituyen el remedio contra el descenso de la producción y la agudización del desempleo [12]. Y sin embargo, la dialéctica del proceso histórico es tal que *en el marco del capitalismo de monopolio*, los caracteres más abominables y destructivos del orden capitalista devienen los fundamentos mismos de su supervivencia, así como la esclavitud fue la condición *sine qua non* de su aparición.

Los conservadores «realistas» prevalecen también sobre el liberal «bienintencionado» por su comprensión general del problema de la soberanía del consumidor. Mientras los primeros ponen en guardia contra la exageración de los efectos de la publicidad, de la venta *au forcing*, etc., sobre las preferencias y las elecciones del consumidor, su argumentación es invencible. Cuando dicen que los consumidores solo quieren lo que les agrada y compran solo porque quieren gastar dinero, enuncian evidentemente verdades de perogrullo, pero que como tales son evidentemente exactas. Por cierto que de aquí no resulta, como algunos economistas de empresa se complacen en pretenderlo, que los fuegos de la publicidad y de la venta a los que está constantemente expuesto el consumidor no tengan influencia en la formación de sus necesidades. Pero tampoco es real que esos procedimientos constituyan el factor decisivo que hace que el consumidor quiera lo que quiere. El profesor Henry C. Wallich está más cerca del guiso de liebre cuando observa con fineza que «es inútil lamentarse porque las necesidades creadas por la publicidad sean fabricadas, porque no son necesidades auténticas del consumidor; otro tanto podría decirse de todos los aspectos de la vida civilizada» [13]. Esto significa, por cierto, ir demasiado lejos. Las necesidades humanas no son *todas* fabricadas por una todopoderosa *Madison Avenue* (ni «depuradas» y «ennoblecidas» por una *Madison Avenue* «a contrapelo», repleta de comisiones gubernamentales y/o de comités de Ciudadanos Distinguidos para favorecer el desarrollo del Buen Gusto). Tal opinión refleja la idea de que es posible manipular indefinidamente al hombre, idea bastante característica de los hombres de «traje de franela gris» que reinan sobre las direcciones de las grandes sociedades y sobre los grandes servicios gubernamentales. Pero tampoco es cierto que *todas* las necesidades humanas provienen de impulsos biológicos del hombre, ni de una mítica y eternamente inmutable «naturaleza humana». Esta concepción deriva del oscurantismo metafísico y naufraga ante el conocimiento y la experiencia histórica. La verdad es que las necesidades de los hombres son fenómenos históricos complejos que reflejan la interacción dialéctica de sus necesidades fisiológicas, por una parte, y el orden económico y social

existente, por la otra [14]. Cuando se quiere analizar un momento, es preciso a veces hacer abstracción de las necesidades fisiológicas porque ellas son *relativamente constantes*. Una vez explicitada y contabilizada esta abstracción, la estructura de las necesidades humanas puede (y debe) ser considerada legítimamente como «sintética», es decir, como determinada por el orden económico y social en el que se vive. Lo que aparentemente se le escapa al profesor Wallich es que el problema *no consiste* en saber si el orden económico y social existente desempeña un papel de primer plano en la formación de los «valores», exigencias y preferencias de la gente; en esto, casi todos los investigadores están de acuerdo (no olvidemos que Robinson Crusoe termina por abandonar los tratados de economía política para volver a su isla). La cuestión se basa más bien en el *tipo de orden económico y social* que opera ese modelamiento, en el tipo de «valores», de exigencias y de preferencias que inspira a los hombres que de él dependen. Lo que hace que el orden económico y social del capitalismo de monopolio sea tan destructivo, tan mutilante para el crecimiento y la felicidad del individuo, *no es* el hecho de que influya, modele, «sintetice» al individuo (eso lo hace todo orden económico y social, según el profesor Wallich) sino el *tipo de influencia*, de modelamiento, de «sintetización» que perpetra en sus víctimas.

Una vez comprendido esto, podemos seguir avanzando. El cáncer del capitalismo de monopolio no deriva del hecho de que «se vea obligado casualmente» a derrochar una gran parte de sus recursos en la producción de medios de destrucción, que «se vea obligado casualmente» a permitir a las grandes sociedades hacer publicidad liminar y subliminar, vender productos falsificados e inundar la vida humana de distracciones cretinizantes, de ritos religiosos comercializados, de «cultura» degradada. El cáncer del sistema, que constituye un obstáculo irreductible para el progreso humano, deriva de que todo esto no es una colección de atributos adventicios del capitalismo sino la base misma de su existencia y de su viabilidad. Dadas las cosas de este modo, los servicios más poderosos y eficaces de represión de fraudes, las asociaciones de comités de Ciudadanos Distinguidos, etc., solo pueden arrojar un velo sobre el desorden establecido sin poder remediar nada. Retomando una comparación ya hecha, no es construyendo magníficos cementerios y espléndidos monumentos a las víctimas de la guerra que se reduce su número. Lo más, y lo peor, que esos esfuerzos en apariencia humanitarios pueden conseguir es atenuar la sensibilidad de la gente con respecto a la brutalidad y la crueldad, disminuir su horror a la guerra.

Pero volvamos al punto de partida de esta discusión. Ni yo, ni ninguno de los otros escritores marxistas cuyas obras conozco a fondo, hemos preconizado la abolición de la soberanía del consumidor y su remplazo por las decisiones de un comisario. Atribuir esa idea a los socialistas, es otro aspecto de la ignorancia y de la deformación del pensamiento marxista que son cuidadosamente sostenidas por los poderes. El verdadero problema es otro. Se trata de saber si se puede tolerar un orden económico y social en el que el individuo es desde su cuna formado, modelado y «ajustado» de manera que se convierte en la prensa fácil de la empresa capitalista ávida de ganancia, en el

mero objeto, bien adiestrado, de las fuerzas capitalistas de explotación y envilecimiento. El socialista marxista no tiene ninguna duda al respecto. Piensa que habiendo alcanzado la humanidad un nivel de productividad y de conocimiento que permiten trascender ese sistema y remplazarlo por uno mejor, es posible elaborar una sociedad donde el individuo estaría formado, influenciado e instruido no por una economía motivada por el mercado y la ganancia, no por los «valores» de los presidentes de sociedades y las elucubraciones de los escribas a su servicio, sino por un sistema de producción racionalmente planificado en función del consumo, por un universo de relaciones humanas determinado por y orientado hacia la solidaridad, la cooperación y la libertad. En realidad, solo en una sociedad así puede haber una soberanía del *ser humano* individual, y no del «consumidor» o del «productor», términos que, en sí mismos, reflejan la fragmentación mortal de la personalidad humana en el régimen capitalista. Solamente en esa sociedad el individuo puede co-determinar libremente la cantidad de trabajo realizado, la composición de la producción consumida, las formas de utilización de las distracciones, sin depender de todos los «persuasores» reconocidos y clandestinos cuyo móvil es conservar sus privilegios y maximizar sus beneficios.

A aquellos de mis críticos que, escépticos o «realistas», sonríen y declaran con condescendencia que la imagen de semejante sociedad es una utopía, todo lo que puedo responderles es que tienen razón, entonces somos todos, mis críticos y yo, utopistas. Ellos, porque creen que se puede hacer durar eternamente el orden económico y social que desean conservar, por medio de piruetas y de reformas superficiales que dejan intactas su irracionalidad, su nocividad y su inhumanidad cada vez más manifiestas. Y yo, porque creo que la humanidad que ya supo liquidar el capitalismo en un tercio de la tierra podrá con el tiempo acabar ese trabajo hercúleo y lograr instituir una sociedad auténticamente humana. Teniendo que elegir entre esas dos utopías, prefiero la segunda y suscribo las nobles palabras de Simone de Beauvoir: «Esta Europa socialista, hay momentos en que me pregunto si no es una utopía. Nunca se haría nada si se considerara que nada es posible, salvo lo que ya existe»[15].

II

Ya dije que era necesario profundizar el problema de la soberanía del consumidor. Ello es tanto más necesario cuanto que se trata de lo que a mi entender constituye la clave para una comprensión del funcionamiento del capitalismo: el concepto de «excedente económico». Quizás no llegué a explicarlo de manera suficientemente clara ya que un crítico tan eminente como Nicholas Kaldor no pudo comprender su sentido e importancia [16].

Esta dificultad proviene de que Kaldor, como todos los economistas fascinados por las realidades aparentes de la economía capitalista, *se obstina en identificar el excedente económico con las ganancias comprobables estadísticamente*. Si esta identificación estuviera justificada, no se necesitaría del tér-

mino de «excedente económico» y, lo que evidentemente es aún más importante, no habría el derecho de hablar de *excedente en crecimiento*. La esencia del problema reside en que las ganancias no son la misma cosa que el excedente económico, pero constituyen, utilizando una metáfora muy común, la parte visible del iceberg cuyo resto está oculto bajo el agua. Recordemos que en un estadio primitivo del desarrollo de la economía política (y del capitalismo), las relaciones importantes eran percibidas mucho más netamente que en la actualidad. Se han utilizado muchas teorías para demostrar que la renta de la tierra (y la tasa de interés) no son costos de producción necesarios sino elementos del excedente económico. Pero luego, cuando el señor feudal y el usurero dieron paso al empresario capitalista y al banquero, las ganancias que estos obtendrían aparecieron «limpias» del «estigma» del excedente y fueron promovidas al nivel de precios necesarios pagados por recursos escasos o de retribución indispensable por la «espera», la «abstinencia» y el «riesgo». En realidad, la noción misma de «excedente económico», todavía fundamental en los escritos de John Stuart Mill, fue declarada *non grata* por la nueva ciencia económica, que proclama que todo gasto es «necesario» en la medida en que recibe la aprobación de los consumidores que compran en un mercado competitivo.

La situación se toma más complicada con la proliferación de los monopolios. Y un cierto número de economistas —siguiendo primero a Marshall y más tarde inspirados sobre todo por la obra de Pigou— que llevaban a cabo sus investigaciones desde el punto de vista del capitalismo competitivo, juzgaron imposible considerar los beneficios del *monopolio* como costos de producción necesarios [17]. Fue sin duda un gran avance, pero nada más que el comienzo. El capitalismo de monopolio no solo engendra los elementos del excedente económico que son la ganancia, la renta y el interés, sino que disimula una parte importante del excedente bajo el rubro de los costos. Esto proviene de la disparidad creciente entre la productividad de los *trabajadores productivos necesarios* y la parte del ingreso que vuelve a ellos bajo forma de salarios.

Una simple ilustración numérica podrá ayudarnos a comprender esta cuestión. Supongamos que en el curso de un período I, cien obreros panaderos producen doscientos panes, de los cuales cien representan sus salarios (un pan por hombre) y cien son conservados por el capitalista en calidad de excedente (fuente de su beneficio y pago de la renta y del interés). La productividad del obrero panadero es de dos panes por hombre; la parte del excedente en el ingreso nacional es de 50%, la misma que la del trabajo. Consideremos ahora un período II durante el cual la productividad del obrero panadero ha aumentado el 525% para llegar a la cantidad de 12,5 panes y su salario un 400% hasta lograr cinco panes por hombre. Supongamos todavía que, en adelante, no haya más que 80 obreros panaderos que trabajan y que producen mil panes en la panadería, mientras que los otros veinte están ocupados de la siguiente manera; cinco de ellos están encargados de modificar continuamente la forma de los panes; uno está encargado de mezclar a la masa un producto químico que vuelve el pan incomible a corto plazo; cuatro están dedicados a ensayar nuevos envases; cinco hombres trabajan redactando textos publicitarios y di-

fundiéndolos; un hombre está encargado de vigilar atentamente las actividades de los otros panaderos; dos tienen por función mantener al corriente de la evolución de la legislación antitrust; y, finalmente, dos hombres están encargados de las relaciones públicas de la empresa. Cada uno de esos individuos recibe igualmente un salario de cinco panes. En esta nueva situación, la producción total de ochenta obreros-panaderos es de mil panes, el salario total de los cien miembros del personal es de 500 panes y el total ganancia + renta + intereses es de quinientos panes [18]. A primera vista podría creerse que nada cambió entre el período I y el período II, salvo el aumento de la producción total. La parte del trabajo permaneció constantemente en el 50% y la parte del excedente no parece haber cambiado. Pero esta conclusión, en apariencia evidente cuando se examinan las estadísticas usuales, sería totalmente injustificada y en realidad solo serviría para demostrar hasta qué punto esa clase de razonamiento estadístico puede ser falsa. El hecho estadístico de que las partes respectivas del trabajo y del capital no hayan cambiado del período I al período II no tiene importancia para nuestros propósitos. Es fácil comprobar lo sucedido: una parte del excedente económico, cuya totalidad en el período anterior estaba a disposición del capitalista como ganancia, para el pago de la renta de la tierra y del interés, es ahora empleada para cubrir los gastos de venta sin competencia de precios, es decir, en otros términos, *derrochada* [19].

Quizás este ejemplo sea suficiente para demostrar que Kaldor y otros críticos, cuando pretenden que reconociendo la validez de la tesis según la cual la parte de los salarios en el ingreso nacional ha permanecido casi constante durante varios decenios yo contradigo mi propia teoría del *excedente en crecimiento*, expresan simplemente su propia incompreensión del concepto de excedente.

La parte del trabajo en el ingreso nacional puede ser constante, o sea creciente, al mismo tiempo que el excedente crece, simplemente porque el aumento del excedente toma la forma de un excedente de *derroche*. Y como la «producción» del derroche necesita del trabajo, la parte del trabajo puede muy bien aumentar mientras que la parte del derroche en el ingreso nacional crece. Considerando el trabajo productivo e improductivo indistintamente como *trabajo*, e identificando el excedente con las ganancias, se oscurece la evidencia de esta proposición tan simple.

Pueden plantearse muchas objeciones a lo que antecede. En primer término, puede pretenderse, y así ocurre, que no hay lugar para la distinción entre trabajo productivo e improductivo, o entre producto socialmente necesario y derroche, desde el momento que no es posible convertir a esas distinciones en precisas y «objetivas». Se puede admitir que esta objeción está bien fundada. Pero el hecho de que el coñac y el agua mezclados en una botella no pueden ser separados, y de que es imposible determinar con precisión en qué proporción están mezclados ambos líquidos, no cambia en modo alguno *el hecho* de que la botella contiene coñac y agua, y que las dos bebidas están presentes en cantidades precisas. Aún más, cualquiera sea la cantidad de líquido de la botella, se puede afirmar sin temor a equivocarse que si faltara uno u otro componente ella estaría menos llena. El hecho de que no podamos

en el momento actual separar netamente el bien y el mal, es decir, identificar sin equívocos las partes de la producción socialmente necesarias y el excedente económico, constituye en sí mismo un aspecto importante del orden económico y social del capitalismo de monopolio. El problema de la soberanía del consumidor *no consiste* en determinar si es preciso que un comisario filtre las necesidades existentes en los consumidores y les *imponga* criterios de buen gusto, sino sobre todo saber cómo alcanzar un orden económico y social que hará nacer un individuo motivado de manera diferente, y que tendrá necesidades y gustos distintos. Del mismo modo, exigir del economista que presente una reseña completa de todos los trabajadores improductivos y del volumen y las distintas formas del derroche, significa no comprender nada del problema. En primer lugar, y esto no debe ser olvidado, no hay y no puede haber en la situación presente la cantidad y el tipo de informaciones y de conocimientos que permitirían esbozar dicho «catálogo». Luego, por inspirado que sea, ningún economista podría erigirse en una especie de zar capacitado para establecer los criterios de la selección. Pues solo una sociedad socialista —en la que las personas no están regidas por el móvil de la ganancia y donde el individuo está imbuido no de los «valores» y de los usos del mercado, sino de la conciencia derivada de las nuevas relaciones socialistas de producción— podrá dar nacimiento a una nueva estructura de las preferencias individuales, a un nuevo modelo de repartición de los recursos humanos y materiales. A este respecto, lo más que puede hacer la sociología es desempeñar el papel del «búho de Minerva que levanta vuelo a la caída del crepúsculo» como decía Hegel, haciendo saber *urbi et orbi* que un orden social está afectado de una enfermedad mortal y que se muere. Las formas concretas y los principios de funcionamiento de lo que se moviliza para remplazado, el detalle de las transformaciones que provocará la nueva sociedad, todo esto, solo puede ser entrevisto en términos generales, pero no establecido con precisión por los economistas y estadísticos, cualesquiera sean sus talentos. Será preciso dejar esta tarea a la *práctica* social de los hombres que lucharán y obtendrán la victoria realizando el orden socialista.

Otra objeción es planteada contra la teoría del excedente en crecimiento. Afirma que la distinción entre producción socialmente necesaria y excedente económico sería inútil, aunque pudiera obtenerse el máximo de precisión en su determinación. En efecto, si un nivel satisfactorio del ingreso y del empleo depende de un volumen suficiente de los gastos totales, *cualquiera sea su objeto*, la cuestión de saber si esos gastos entrañan una producción útil o un derroche, remuneran un trabajo productivo o improductivo, puede ser descartada pues no tiene ninguna incidencia sobre la coyuntura, ni sobre la medida en que el capitalismo de monopolio asegura el pleno empleo. Este razonamiento no deja de tener consistencia, pero se asemeja a todos los análisis keynesianos a corto plazo por su desesperante miopía. Es incontestablemente cierto que las inversiones en equipos productivos y las inversiones en submarinos, el consumo de libros y el «consumo» de publicidad, los ingresos de los médicos y de los traficantes de drogas, forman parte de la demanda total efectiva y contribuyen al mantenimiento del ingreso y del empleo. Pero es bastante

claro que la estructura de la producción, del consumo y de las inversiones que de ellas resultan ejercen una profunda influencia no solamente sobre la calidad de la sociedad y sobre el bienestar de sus miembros, sino también sobre su crecimiento ulterior y sobre sus posibilidades de desarrollo. Es más, si hace una década se pudo pretender que dada la escasez de empleos *racionales* cualquier empleo, aunque fuera tan irracional como el que consiste en hacer agujeros en el suelo, es mejor que *la falta de empleo*, este magro consuelo ya no existe en la actualidad. La elección no es más entre el desempleo y una excavación relativamente anodina, sino entre el desempleo y una acumulación altamente nociva de los medios de destrucción.

Del mismo modo se ha objetado que, aunque lo expuesto sea verdadero, no puede olvidarse que es precisamente la irracionalidad y el derroche característicos del capitalismo de monopolio lo que permite mantener niveles elevados de ingreso y de empleo, inducir cantidades considerables de inversiones racionales y alcanzar ciertas tasas, relativamente bajas es cierto, de crecimiento económico. Este argumento recuerda el consejo de prender fuego a la casa para asar el lechón. Pero, lo que es peor, no es cierto que actuando así se logre «asar el lechón» y que, para parafrasear a J. K. Galbraith [20], los crecimientos de riqueza producidos en los Estados Unidos bajo el capitalismo de monopolio llegan a «restar toda importancia» a la irracionalidad del sistema. No «deja de tener importancia» que aún después de la Segunda Guerra Mundial, durante lo que C. Wright Mills llamó tan certeramente la «Gran euforia norteamericana», por lo menos en la mitad de este período (1948-1949, 1953-1954, 1957-1958, 1960-1962) el número oficial de desocupados osciló en los cinco millones, y según las fuentes sindicales no bajó de seis millones.

No puede calificarse negligentemente de «sin importancia» el hecho de que en una sociedad considerada como próspera alrededor de un tercio de las personas vivan en una pobreza abyecta, que al menos un quinto de todas las familias norteamericanas (y dos quintos de las familias norteamericanas no blancas) habitan tugurios miserables. Y si se deja de lado las impasibles cifras estadísticas para interesarse por la situación concreta de ciertas regiones, la tragedia humana desafía toda descripción. «En un barrio de tugurios de una de nuestras ciudades más grandes, habitado casi exclusivamente por negros, escribe James Bryant Conant, expresidente de la Universidad de Harvard, se observa la siguiente situación: 59% de jóvenes de 16 a 21 años habían abandonado la escuela y estaban sin empleo. Ellos vagaban por las calles...» [21].

Todo lo más que puede decirse para contrarrestar esta última objeción es que el desarrollo del capitalismo en general y en especial en su fase última, el capitalismo de monopolio, sin crear en ninguna parte algo que pueda asemejarse a una sociedad racional, ha producido las posibilidades objetivas del nacimiento de tal sociedad. La expansión prodigiosa de las fuerzas de producción que tuvo lugar durante el período del imperialismo, aunque haya sido un subproducto de la guerra, de la explotación y del derroche, ha creado las bases de la sociedad auténticamente opulenta del porvenir. Pero ella no podrá nacer bajo el reinado de una oligarquía que administra los inmensos recursos sociales en beneficio de algunos centenares de empresas gigantes y cuya

gestión tiene por objeto mantener el *statu quo*. Una sociedad tal podrá ser una realidad solo allí donde sus abundantes recursos sean administrados por una asociación humana «en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos».

Pero esto me lleva al segundo comentario que deseaba hacer respecto de los capítulos de mi libro que tratan del capitalismo de monopolio. Este comentario versa sobre las innovaciones y progresos técnicos en el capitalismo de monopolio. Aunque sigo suscribiendo, en razón de su verdad fundamental, la tesis de Steindl según la cual progreso e innovaciones técnicas son función de la inversión y no a la inversa, creo no haberme extendido suficientemente sobre la incontestable interacción dialéctica de los dos procesos. No solo los servicios de investigación y de desarrollo, que han adquirido la importancia de verdaderas instituciones en el seno de las empresas gigantes, actúan, al menos en una cierta medida, con un impulso que les es propio, produciendo invenciones y perfeccionamientos técnicos en el curso de su funcionamiento normal sino, lo que es quizás más importante todavía, el sector militar, convertido en un elemento permanente e importante de la economía del capitalismo monopolístico, es en la actualidad un «estimulante externo», actuando permanentemente en favor de la inversión y del progreso científico y tecnológico. Como en gran medida la demanda militar remplazó a la demanda del inversor potencial, la fabricación de los *Sputniks* y *Luniks* soviéticos ha retomado algunas de las funciones de la «tormenta incesante» de la competencia. Esto no significa que haya que volver a la posición de Schumpeter, para quien el progreso tecnológico era un *deus ex machina*, autónomo e inexplicable. Tampoco significa que el progreso tecnológico *determine* la inversión de tal manera que las conquistas sucesivas del conocimiento tenderían a traducirse automáticamente en nuevas posibilidades productivas. Esto sugiere, sin embargo, que la consolidación de las actividades de investigación y de desarrollo en el marco de las empresas gigantes, *asociadas a una corriente permanente de demandas militares*, crea ocasiones de inversión que sin esto serían menos numerosas o nulas. Y la importancia del carácter militar de la demanda así como de la naturaleza monopolística u oligopolística de la oferta se expresa de la manera más precisa en la *elección* de las posibilidades tecnológicas puestas en funcionamiento, así como el rechazo de aquellas que se dejan dormir en las gavetas de los sabios y de los ingenieros. La lentitud del progreso realizado en la aplicación de la energía atómica a la economía, al igual que la desigualdad en los progresos de la automatización, parecería demostrar que los únicos progresos técnicos que aceptan los monopolios y oligopolios son o bien los que exigen los militares o bien los que disminuyen fuertemente los costos sin al mismo tiempo aumentar de manera inducida la producción.

III

Pasemos a los países subdesarrollados. A los capítulos V, VI y VII, donde se trata uno de los tres temas esenciales de nuestro tiempo (siendo los otros dos las vicisitudes del capitalismo de monopolio durante el período actual de declinación y caída, y la perspectiva que se abre a las sociedades socialistas nacientes en Europa y en Asia [22]), quisiera agregar una reserva y una reafirmación.

La reserva gira sobre la posibilidad de aplicación de la teoría general formulada en esta obra a ciertas regiones de población muy densa, que presentan lo que Marx ha denominado un «modo asiático de producción», en particular la India y Pakistán. Ciertos críticos han pretendido que en esas regiones del mundo subdesarrollado, sería quizás posible conocer con alguna precisión el *volumen* del excedente económico que se apropian los propietarios rurales, usureros e intermediarios comerciales de todo tipo, pero que sería totalmente imposible canalizar esta parte del excedente hacia las inversiones productivas, aunque esas capas parasitarias hayan sido liquidadas por una revolución social. Esta opinión está fundada sobre dos tipos de consideraciones. En primer lugar, dicen, el gobierno revolucionario que procediera a las medidas de expropiación necesarias no podría sustituirse a los perceptores de intereses, prestamistas, comerciantes ávidos y otros vampiros eliminados por la misma revolución que lo llevó al poder. Esa transferencia de excedente estaría así excluida, políticamente excluida; la nacionalización y la confiscación no conduciría a la acumulación de un excedente invertible en las manos del gobierno revolucionario, sino que lo haría caer en la cesta desesperadamente mal provista del consumo campesino. Por otra parte, en un país subdesarrollado donde el excedente económico es apropiado por un grupo numéricamente insignificante de explotadores (que es y sigue siendo el caso de los países con un régimen feudal «clásico» y/o el de aquellos dominados por un puñado de monopolios del mismo país o del extranjero), la situación es bastante diferente de la de una sociedad en la que una fuerte capa de varios millones de *kulaks*, notables aldeanos que practican accesoriamente la usura, pequeños comerciantes, negociantes y comisionistas, se apropian todos de una cantidad de excedente económico que representa una gran parte de la renta nacional total, pero que solo da una débil renta per cápita a quienes la perciben. En el primer caso, es relativamente fácil expropiar a los expropiadores, y su suerte posterior a la expropiación no presenta un gran problema social: poco numerosos, ellos encuentran otros empleos, emigran, o se retiran para vivir de lo que resta de sus fortunas. Pero en el segundo caso, los perceptores de excedente por ser muy numerosos constituyen una fuerza política y social que cuenta; una vez privados de sus ingresos, plantean un serio problema de asistencia social. En efecto, si se los quisiera mantener aún en un nivel mínimo, por medio de subsidios o de empleos creados artificialmente, se anularía una gran parte de las ventajas extraídas de la expropiación.

Son estas cuestiones muy graves, y aunque no creo haberlas olvidado al escribir mi libro, quizás no las haya subrayado con la suficiente fuerza. Pero no creo que al reconocer su importancia estamos obligados a modificar nuestra posición fundamental en cuanto a los problemas que se plantean a los países subdesarrollados. Ello significa incuestionablemente que en ciertos países es más difícil que en otros abrirse paso hasta encontrar el camino libre que lleve al progreso económico y social, y que los obstáculos a superar en ciertos lugares son más temibles que en otros. Y puede concluirse que en los países particularmente afectados por la deformación estructural que acabamos de describir, la estrategia del desarrollo debe ser diferente de la que conviene a los países donde la sociedad está mejor estructurada. La célebre ley de Lenin sobre el desarrollo desigual sugiere evidentemente que no solo el *proceso* histórico varía según los países, sino también que el estadio alcanzado en un momento dado difiere igualmente en cada país. No existe por consiguiente una fórmula general aplicable a todas las situaciones sin consideración de tiempo ni de lugar, y nada estuvo nunca más lejos de mi pensamiento que afirmar la existencia de una varita mágica semejante.

Consideremos por ejemplo un país en el que existe un cierto núcleo de economía industrial y donde los campesinos, ya sean explotados por kulaks o mantenidos en servidumbre por señores feudales, sienten intensamente la necesidad de la tierra y sueñan solo en convertirse en propietarios individuales de su parcela. En un país semejante, es posible sin duda engendrar una cantidad notable de excedente económico *por medio* del sector industrial de la economía. Si en otro país relativamente pequeño, la ayuda que es factible recibir del extranjero puede influenciar sensiblemente sobre el volumen de acumulación del capital, puede concluirse que es necesario dejar que los campesinos «se tomen su tiempo» y aprendan mediante la observación y la experiencia las ventajas de una organización racional y moderna de la producción agrícola. Tal parece haber sido la perspectiva general de ciertos países socialistas de la Europa del Este y del Sudeste.

Observemos ahora un gran país con un pequeño oasis industrial en un océano de agricultura de subsistencia. Allí, el excedente engendrado por la industria es necesariamente débil, y la ayuda extranjera que pueda ser obtenida realmente no es en el mejor de los casos más que una gota de agua con relación a las necesidades de desarrollo. En un país así, el deseo de los campesinos de poseer parcelas *individuales* no es, por una serie de razones económicas y culturales, ni obsesivo ni está siempre presente; su economía agrícola puede por lo tanto ser orientada hacia la explotación cooperativa, o sea un sistema de grandes «fábricas rurales» estatales y un rendimiento creciente. La aristocracia, los campesinos ricos, los tenderos de aldea y los prestamistas desalojados en el curso del proceso pueden ser integrados en la nueva economía agrícola o encontrar un empleo en los sectores en expansión de la industria y de la distribución. Y el excedente que ellos se apropian puede devenir disponible para el desarrollo económico. Tal parece ser, en pocas palabras, el modelo de la estrategia china de desarrollo económico.

Finalmente, consideremos a una república bananera o azucarera (si se puede endilgar esta designación lisonjera a las dictaduras semicoloniales en cuestión), en la que lo esencial de la producción agrícola se realiza en las plantaciones, y donde la población rural se compone sobre todo o en gran parte no de campesinos sino de obreros agrícolas. En un país semejante, la expropiación del campesino por los propietarios nacionales o extranjeros de las plantaciones ha sido tan completa que la mentalidad del proletariado rural ha perdido hasta la imagen de la propiedad individual de la tierra. Allí, la distribución de las tierras previamente parceladas no está del todo a la orden del día, y la nacionalización de las plantaciones pone inmediatamente a disposición de la sociedad en su conjunto el excedente que hasta ese momento se apropiaban las compañías nacionales y extranjeras. Esto no quiere decir que la totalidad del excedente así extraído pueda ser destinado a la inversión. Es necesario quizás utilizar una gran parte para elevar inmediatamente el nivel de vida miserable de la población trabajadora. Además, las complicaciones en el proceso de reorganización económica, las dificultades para encontrar nuevas fuentes de aprovisionamientos esenciales, así como nuevos mercados para las exportaciones habituales (complicaciones debidas en gran parte al sabotaje y a la obstrucción de parte de la antigua clase dirigente en el interior y de sus aliados y protectores extranjeros) pueden temporariamente disminuir la producción total y por tanto el volumen del excedente disponible. En tal situación, la posibilidad de superar todos estos obstáculos depende de una variedad tal de factores económicos y políticos interiores y exteriores que es casi imposible encontrar una solución general apropiada para cada caso. El ejemplo en el que pienso es evidentemente el que ofrece la historia agitada de Cuba después de su gran revolución.

De tal manera, cada país subdesarrollado presenta un amplio inventario de estructuras económicas, sociales, culturales y políticas, y nada sería más vano que ensayar hacerlas entrar a la fuerza en el molde rígido de una «prescripción universal». Pero así como la satisfacción intelectual que provoca el descubrimiento de una vasta fórmula general no debe desviarnos de la atención que merece la especialidad de las realidades concretas, del mismo modo la atención prestada al detalle no debe impedirnos las visiones penetrantes que solo puede suministrarnos el pensamiento generalizador, es decir teórico. Esto me conduce a lo que he llamado anteriormente una reafirmación de mis opiniones sobre el problema fundamental que se les plantea a los países subdesarrollados. Las nociones principales, que es preciso no dejar oscurecer por cuestiones de importancia secundaria o terciaria, son fundamentalmente dos.

La primera señala que si se trata de obtener un desarrollo económico *rápido*, la planificación económica total es indispensable. Es cierto que se puede confiar en que de pequeños cambios progresivos, de alguna manera marginales, resultarán oscilaciones espontáneas. Habitualmente puede obtenerse un aumento de algunos puntos en la producción de una mercancía ya producida sin realizar un gran esfuerzo de planificación, simplemente con aumentar un poco los precios y dejando «actuar por sí solos» a los ajustes necesarios.

Pero si se desea que la producción total de un país crezca en un 8 o 10% anual, por ejemplo, si para obtenerlo es preciso transformar radicalmente el modo de utilización de los recursos humanos y materiales de una nación, abandonando ciertas ramas menos productivas en beneficio de otras, entonces únicamente un esfuerzo de planificación firme y de vasto aliento puede permitir alcanzar tal objetivo. Hasta el presente no existen desacuerdos entre los investigadores respecto de este punto. Y lo que es más importante aún, la experiencia histórica no ofrece la menor ambigüedad al respecto. No obstante, que las evaluaciones más moderadas de las tasas de crecimiento per cápita en los países socialistas han sido del orden del 10% anual, en los países capitalistas, tanto avanzados como subdesarrollados, ellas superan raramente el 3%, salvo en circunstancias excepcionales, tales como los *booms* de la época de la guerra y la reconstrucción posterior.

La segunda noción de importancia capital es que ninguna planificación digna de ese nombre es posible en una sociedad donde los medios de producción permanecen en poder de los intereses privados que los administran con vistas a procurar a sus propietarios el máximo de ganancias (o la seguridad u otras ventajas privadas). En efecto, está en la esencia misma de la planificación total con vistas al desarrollo económico (lo que la vuelve de hecho indispensable) que el modo de repartición y de utilización de los recursos que ella debe imponer para alcanzar sus objetivos sea *necesariamente* distinto del modo existente en el *statu quo*. Y como el modo existente de repartición y de utilización de los recursos corresponde, al menos aproximadamente, a los intereses de la clase dominante, es inevitable que todo esfuerzo serio de planificación provoque un conflicto agudo con esta clase dominante y sus aliados interiores y exteriores. Dicho conflicto puede ser reglado según una de las tres maneras siguientes: 1º la Comisión del Plan, cuando es un gobierno capitalista quien la crea, es controlada como el mismo gobierno por los intereses dominantes, sus actividades se convierten en una parodia, y su existencia sirve para mantener en la población la ilusión de que «se está haciendo algo constructivo» para el desarrollo económico; 2º la Comisión del Plan, instituida por un gobierno reformista que permanece en mayor o menor medida insensible a las influencias, presiones y corruptelas de los grandes intereses, está compuesta de reformadores honestos que creen en la independencia y en la omnipotencia del Estado en la sociedad capitalista y que se proponen realizar cambios profundos en la economía nacional: en este caso, la Comisión se enfrenta necesariamente a la resistencia obstinada y al sabotaje de la clase dirigente. Ella obtiene pocos resultados, si llega a obtenerlos, y se hunde en un estado de frustración y de impotencia cuyo resultado es desacreditar la noción misma de planificación ante los ojos de gran parte de la población; 3º el Plan se convierte en el grito de guerra de un amplio movimiento popular que se bate sin tregua contra los beneficiarios atrincherados del antiguo régimen; aparece entonces como el principio fundamental de organización de la economía por una revolución social victoriosa que se propone destruir la antigua clase dirigente al mismo tiempo que la propiedad privada de los medios de producción sobre la cual reposa la existencia misma de tal clase.

Podrá objetarse que todo esto es verdad a condición de que se admita la premisa fundamental, a saber que lo necesario es un desarrollo económico *rápido*. ¿Pero por qué este apresuramiento? ¿Por qué esta «obsesión» por el crecimiento económico, para emplear la expresión de una obra reciente sobre la economía soviética? El solo hecho de plantear estas preguntas muestra la distancia intelectual que separa a los observadores occidentales de las condiciones de vida de los países subdesarrollados y del estado de espíritu de los pueblos que las sufren. Nuestro tiempo se caracteriza por no aceptar más la miseria, el hambre y la enfermedad como un destino ineluctable; nuestro siglo es aquel donde la edificación socialista ha pasado del dominio de la teoría al de la práctica. Los pueblos de las regiones atrasadas *saben* ahora que el progreso económico y social *puede* ser organizado si se tiene la voluntad, la determinación y el coraje de declarar la guerra al subdesarrollo, si se tiene la voluntad inquebrantable de llevar adelante esta guerra contra la resistencia feroz de los explotadores de dentro y de fuera.

IV

La experiencia histórica nos enseña que esta lucha es prolongada, dura y cruel. La victoria de la revolución social, aunque decisiva, es solo el «primer asalto». El establecimiento del modo de producción capitalista y del reinado de la burguesía, allí donde se realizó plenamente, exigió siglos de luchas apocalípticas. No podríamos esperar, ni siquiera en nuestra época de aceleración de la historia, que la más grande transformación social que se haya producido, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y por tanto de la explotación del hombre por el hombre, pueda ser realizada en algunas decenas de años. Es comprensible que haya quienes consideren que la pendiente es demasiado abrupta y la ascensión desesperadamente difícil. Como es imposible emprender aquí un análisis completo de los obstáculos y de los problemas que se oponen al progreso de la construcción socialista, me limitaré a algunas observaciones sobre los sectores en los que dichos obstáculos y problemas se manifestaron más particularmente en los últimos años.

El más importante de esos sectores es el marco internacional en el que las revoluciones sociales, no importa dónde ni con qué características se produzcan, encuentran la hostilidad implacable de la clase dirigente de los EEUU, que constituye la fortaleza más poderosa de la reacción en el mundo actual. No existe régimen lo suficientemente corrompido, ni gobierno lo bastante criminalmente negligente frente a los intereses vitales de su pueblo, no existe dictadura, por más retrógrada y cruel que ella sea, que no cuente con el apoyo económico, militar y moral de la potencia dirigente del «mundo libre», mientras permanezcan fieles a la Santa Alianza antisocialista. Al mismo tiempo, no existe movimiento popular, por más democrática que haya sido su designación y por más devoción que tenga por el progreso de su pueblo, que pueda contar ni siquiera con la no-intervención de quienes no dejan nunca de pro-

clamar hipócritamente su fidelidad al progreso social y a las formas democráticas. La agresividad inagotable de las potencias imperialistas, grandes o pequeñas, es el mayor de los obstáculos al progreso económico y social de los países que adoptaron el camino de la edificación socialista [23]. Al considerar la cuestión en términos puramente económicos y al considerar el peso de los gastos militares impuestos a los países socialistas por la amenaza siempre presente de la agresión imperialista, se verifica de manera evidente el peso que sus enemigos de clase obligan a soportar a las sociedades socialistas en nacimiento [24].

El hecho de que recursos considerables sean retirados de la investigación, de la construcción de viviendas, y de la producción de bienes de consumo, para ser consagrados al mantenimiento de los medios de defensa indispensables, aminora la tasa de crecimiento de los países socialistas, impide que el nivel de vida de sus pueblos se eleve más rápidamente, provoca sin cesar fricciones y estrangulamientos en sus economías. Las sociedades socialistas deberán soportar dicho peso mientras exista la amenaza del imperialismo. Disminuirá solo en la medida en que las economías socialistas se hayan convertido, a pesar de él, en lo suficientemente fuertes como para reducir considerablemente su peso *relativo*.

El segundo sector en el que las dificultades de los países socialistas han sido más notorias, es el de la producción agrícola. Allí, las fuentes de perturbación son múltiples. El proceso de industrialización, necesariamente acompañado de una migración del campo hacia las ciudades, y el mantenimiento de fuerzas armadas, que comen, pero no producen, acrecentaron sensiblemente la demanda total de alimentos y de otros productos agrícolas. Este acrecentamiento de la demanda no se ha visto acompañado en general en ninguna parte por una expansión suficiente de la oferta. Esto proviene ante todo del hecho de que en los países donde impera en las aldeas un subempleo considerable, la productividad *por persona activa* ha podido ser aumentada con relativa facilidad, mientras que el acrecentamiento de la productividad *por hectárea* ha sido extremadamente lento. El fenómeno que podría denominarse la revolución mecánica de la agricultura, provocada por la introducción de la electricidad, de los tractores, de las sembradoras-cosechadoras, etc., cumplió su cometido liberando a millones de campesinos para empleos no-agrícolas, pero sin provocar los aumentos espectaculares del rendimiento por hectárea que esperaban numerosos economistas, marxistas o no. El aumento del rendimiento por hectárea parece depender mucho más de lo que se creía de la revolución *química* de las técnicas agrícolas, del empleo de abonos sintéticos y otros, de la selección de las semillas, de la adopción de nuevos métodos de crianza de ganado, etc. Este es un proceso inevitablemente lento: aumentos de rendimiento por hectárea cercanos al 2 o 3% anual son considerados por los agrónomos como muy importantes. Y para alcanzar tales tasas hay que disponer de los elementos necesarios (abonos, semillas seleccionadas, reproductores, etc.), pero también de la habilidad, diligencia y paciencia de los agricultores [25].

Todo esto nos conduce a otra complicación que apareciera en la Unión Soviética y en otros países socialistas en proceso de industrialización. Proviene del hecho de que la industrialización de un país agrícola, en especial en sus fases iniciales, entraña naturalmente la «glorificación» del trabajo industrial, que adquiere un prestigio y un atractivo mucho mayores. La implantación de vastas empresas y los extraordinarios aportes de la energía eléctrica que revolucionan las condiciones de existencia en regiones enteras, las apasionantes realizaciones debidas al constante progreso de las técnicas, ocupan y cuentan con el apoyo de gran parte de la publicidad, son objeto de un orgullo intenso y por otra parte justificado, y cuentan con el apoyo de gran parte de la publicidad del esfuerzo político y organizativo del gobierno, así como de los raros talentos administrativos y científicos disponibles. En comparación, la penosa servidumbre cotidiana del trabajo agrícola se refleja en el trasfondo grisáceo y lúgubre de la vida social. Un joven que tiene ambiciones, aptitudes y energías, ya no quiere permanecer «enterrado», esclavo del «cretinismo de la vida rural», no quiere ver su crecimiento y su desarrollo limitados a lo que puede hacerse en una colectividad agrícola, aunque esta sea la más progresista. El atractivo de la ciudad, de las ocasiones que ofrece para el progreso material y social, para la educación, la participación en las actividades culturales, o en el puro y simple esparcimiento, así como el deseo de convertirse en un miembro de la clase obrera industrial, la más respetada de toda la sociedad, todo esto influye de manera casi irresistible en la joven generación. De allí resulta que la agricultura es poco a poco abandonada por aquellos que podrían ser sus mejores trabajadores, a la gente de más edad o a aquellos que no tienen la imaginación, el espíritu de empresa y el impulso que hace falta para aventurarse en el «vasto mundo» [26].

Esta situación contribuye a su vez al retraso constante en el progreso de la productividad agrícola. Y no es fácil compensar la relativa debilidad de la mano de obra agrícola con el empleo de procedimientos técnicos. El trabajo industrial crea la disciplina, eleva el nivel de eficiencia por medio de un impulso que le es propio. La naturaleza colectiva de la actividad, su organización y su ritmo, determinados por el funcionamiento de las cadenas y otras disposiciones del mismo tipo, la necesidad de fases operatorias distintas y su interdependencia, todo esto impone al trabajador industrial un cierto ritmo que da el tono del trabajo, regla la cadencia y determina en gran parte el resultado. La situación en la agricultura es muy distinta, no obstante, la modernización de los métodos de producción agrícola. Salvo en ciertas funciones colectivas, el trabajador agrícola trabaja muy frecuentemente solo. Ya se trate de cultivar un campo o de cuidar sus animales, es su iniciativa, su conciencia y su esfuerzo lo que influye de manera sensible sobre los resultados obtenidos. Y allí donde el conservadurismo a ultranza, la irresponsabilidad y la aversión por los trabajos penosos caracterizan a quienes trabajan en la agricultura, la producción agrícola se encuentra gravemente afectada.

En el régimen capitalista la tendencia de la élite de la mano de obra agrícola a emigrar hacia las ciudades ha sido frenada generalmente por la lentitud del proceso de acumulación del capital y por la escasez más o menos crónica de

empleos urbanos que de ello resulta. De tal manera la agricultura permanece superpoblada, presa de una competencia feroz, y la productividad y el ingreso real per cápita aumentan mucho más lentamente que la productividad por hectárea. En la sociedad socialista las cosas debieron ocurrir de manera distinta. La organización colectiva de la agricultura a gran escala, al suprimir las parcelas minúsculas y no rentables, crea las condiciones indispensables para un crecimiento sostenido, a largo plazo, de la producción agrícola, transforma así al campesinado en un trabajador industrial de la agricultura. También la aísla del contacto destructor del mercado capitalista, la inmuniza contra las desventuras de la lucha competitiva, *sin introducirla, no obstante, en el cuadro de interdependencia, coordinación y disciplina que caracteriza la gran empresa industrial moderna*. Y este hecho es aún más paradójico y grave desde el punto de vista económico: al promoverla a la condición de miembro activo con plenos poderes de una sociedad socialista, le acuerda de manera automática el derecho a una parte del producto social total, a un ingreso real al menos aproximadamente igual a la parte de los otros trabajadores, más productivos.

Eso contribuye a cambiar la situación anterior: la agricultura es ahora subvencionada por la industria. Y esto es lo que corresponde, salvo que esas subvenciones no determinen una expansión suficiente de la producción agrícola. A largo plazo, este problema puede ser, y lo será ciertamente, resuelto. Una vez alcanzado un estadio mucho más elevado de desarrollo económico, las condiciones de vida y de trabajo en la ciudad y en el campo serán desiguales, y será posible entonces provocar el movimiento de trabajadores calificados, instruidos y socialmente conscientes no solo de la aldea hacia la ciudad, sino también de la ciudad hacia la aldea. Ambas migraciones inversas se transformarán así en un medio para aumentar la variedad, la animación y las satisfacciones del trabajo productivo tanto para los trabajadores del sector agrícola como para los del sector industrial. Pero falta todavía un largo camino por recorrer para llegar a ese punto. Entre tanto, los países socialistas han recurrido a diversos paliativos. En algunos la colectivización agrícola fue frenada y hasta involucionó; un cambio regimentado entre la ciudad y la aldea sustituye una socialización inmediata de la agricultura. En otro, me refiero a China, se buscó una solución en la dirección opuesta, la de una transformación más rápida de la economía campesina en un sistema de grandes empresas agrícolas socializadas y disciplinadas. En la Unión Soviética, se sigue un camino intermedio: se «reglorifica» el trabajo agrícola, se aumenta en lo posible las inversiones en la agricultura y se estimula a los cultivadores colectivos manejando los precios relativos en favor de la agricultura. Todo esto contribuye a acrecentar las cargas de la economía industrial, a reducir los salarios reales de los trabajadores industriales, y disminuye el volumen del excedente disponible para las inversiones fuera de la agricultura, lo que disminuye la tasa general del crecimiento económico. Cualesquiera sean las dificultades del sector agrícola, que no son insuperables, pero que obstaculizan y disminuyen considerablemente el desarrollo de las sociedades socialistas, solo representan una fracción del enorme precio que esas sociedades deben pagar por haber surgido inicialmente en países subdesarrollados.

Sobre este fondo de origen económico —impotencia de la producción agrícola para aumentar al mismo ritmo que los niveles de vida, producción industrial insuficiente para satisfacer una demanda rápidamente creciente en el interior y en el exterior de cada país socialista— y de intensificación de la lucha de clases a escala internacional, es necesario examinar las dificultades *políticas* en el seno del campo socialista. Bajo esta designación figura ante todo el problema capital que se le plantea a un gobierno socialista: el de conservar el apoyo popular durante el período de los esfuerzos más penosos con vistas a producir el «gran salto». Lo que ha sido denominado la «revolución de las exigencias crecientes» y que se desencadena en los países subdesarrollados, afecta no solamente a los regímenes reaccionarios y corrompidos que buscan sofocarla por todos los medios, sino también a los gobiernos revolucionarios comprometidos en la vía del progreso económico y del socialismo. Por cuanto un plan racional de progreso económico exige no una política de «estímulo» que permita un aumento inmediato del consumo popular, sino una estrategia madura y reflexiva consistente en obtener tasas de crecimiento máximas durante un período de planificación de diez a veinte años, por ejemplo, es posible y hasta probable que durante la primera fase del esfuerzo el consumo de masa aumentará solo muy lentamente, si es que aumenta. Únicamente cuando han sido puestos los fundamentos de una economía progresista, y cuando se ha franqueado la cresta, el sistema podrá comenzar a dar frutos bajo la forma de una oferta creciente de bienes de consumo, viviendas, etc.

Pero las masas que acaban de atravesar por una revolución, que han soportado las luchas contra sus enemigos de clase y sus explotadores interiores y exteriores, aspiran a un mejoramiento inmediato, que consideran justificado, de la vida cotidiana en sus ciudades y pueblos. El joven gobierno socialista no puede hacer surgir de la tierra, con un golpe de varita mágica, esas mejoras. Comprometido aún en la «revolución permanente», debe exigir «sangre, sudor y lágrimas», sin poder ofrecer *hic et nunc* las retribuciones correspondientes. Solo los grupos sociales más inteligentes y que poseen la mayor conciencia de clase saben reconocer y comprender la importancia decisiva del desafío. Las amplias capas de la población que no tienen el hábito de pensar en términos de necesidades económicas y de perspectivas más lejanas, pueden sucumbir fácilmente a la propaganda enemiga que busca aprovecharse de sus supersticiones y de su ignorancia seculares y perder su fe en la revolución. Ellas no comprenden que sus sufrimientos bajo el régimen anterior eran en beneficio de sus dominadores del interior y de sus explotadores imperialistas, que la miseria que debieron soportar en el pasado era una miseria sin esperanzas ni perspectivas, mientras que las privaciones que acompañan a la revolución son los dolores de alumbramiento de una sociedad nueva y mejor. Ignorantes de esta diferencia esencial, se vuelven con frecuencia apáticas y hasta hostiles a la misma revolución. Esto provoca inevitablemente un conflicto más o menos agudo entre, socialismo y democracia, entre las *necesidades* a largo plazo del pueblo y sus *deseos* inmediatos. En consecuencia, como el poder socialista está incondicionalmente al servicio de los intereses del conjunto de la sociedad, su deber es defenderla contra los enemigos internos y externos, al

mismo tiempo que contra los oportunistas y los traidores que se manifiestan entre sus propios adherentes. De allí la necesidad de recurrir a la represión política, de restringir las libertades civiles e individuales. Esta necesidad no puede disminuir y, si se presenta la ocasión, desaparecer, hasta que los obstáculos objetivos y los problemas económicos más candentes hayan sido en mayor o menor medida resueltos, y cuando el gobierno socialista haya alcanzado un cierto grado de estabilidad y de equilibrio [27].

La misma causa fundamental, en una palabra, la pobreza, está en el origen de la segunda categoría de dificultades que aparecen en el campo socialista: la de las relaciones entre países socialistas. Estas relaciones no fueron tan armoniosas como todo socialista anhela; pero aunque provoquen preocupaciones legítimas, ellas deben ser objeto de un análisis desapasionado y situadas en una perspectiva histórica adecuada. Aún cuando estoy lejos de disponer de la información imprescindible creo, según lo poco que he podido extraer, que las causas de las tensiones existentes remiten a muchas cuestiones estrechamente vinculadas entre sí.

Una de esas cuestiones se refiere a la repartición de los recursos económicos en el campo socialista, y deriva esencialmente de las grandes diferencias entre los niveles de desarrollo económico alcanzados por los diversos países interesados. En los términos más simples, se trata de saber cuál es el volumen de la ayuda que los miembros más adelantados del campo socialista —ante todo la Unión Soviética, pero también Checoslovaquia, R.D.A. y Polonia— deben aportar a los países socialistas menos (y mucho menos) desarrollados. Es evidente que el problema no se presentaría si todas las sociedades socialistas fueran igualmente ricas o pobres. Es también evidente que en la hora actual una *igualación* aun aproximativa de los ingresos *per cápita*, entre los ricos y los pobres del campo socialista, es totalmente irrealizable. Esto disminuiría radicalmente el nivel de vida de más de 250 millones de habitantes de los países socialistas mejor provistos; y aunque tal acción pudiera acelerar sensiblemente el crecimiento de las regiones más pobres, pobladas por más de 700 millones de habitantes, sería de hecho política y socialmente irrealizable. Significaría en efecto un suicidio del socialismo en los países más evolucionados.

Este problema evidentemente no se presentaba en la Unión Soviética y en los demás países socialistas de Europa cuando, comprometidos en la reconstrucción después de la catástrofe económica causada por la guerra, no podían suministrar más que una asistencia simbólica a los recién venidos menos provistos del campo socialista. El problema se vuelve más apremiante hacia 1955, cuando la Unión Soviética había realizado grandes progresos en su reconstrucción y en su desarrollo económico y emprendido, después de la muerte de Stalin, una extendida liberalización económica y política. En el campo económico, esta implicaba pasar de la política anterior —la austeridad y las restricciones impuestas al consumo corriente para permitir tasas muy elevadas de inversión y de crecimiento— a un aumento sensible de la oferta de viviendas, de productos industriales de consumo, y de productos alimenticios al pueblo soviético, que había sufrido crueles privaciones durante el período de industrialización de preguerra y debido realizar sacrificios aún ma-

tores durante los terribles años de la guerra. En el campo político, significaba una transformación radical de la atmósfera general de la sociedad soviética, la eliminación de la represión política y una ruptura con el dogmatismo rígido que afectaba todos los aspectos de la vida soviética bajo Stalin. En el campo de las relaciones internacionales, el nuevo curso comportaba un esfuerzo de primera magnitud para llegar a algunos acuerdos con los Estados Unidos con vistas a preservar la paz, reducir la carga de los armamentos, y obtener una distensión internacional necesaria para la consolidación y el progreso de las sociedades socialistas, tanto en la Unión Soviética como en los países que habían adoptado el camino del socialismo después de la Segunda Guerra Mundial. En efecto, el progreso y la prosperidad crecientes de esas sociedades socialistas eran considerados como una de las palancas más poderosas para la prosecución de la expansión del socialismo en el mundo. Procediendo a lo que aparecía como un repudio o cuanto menos una modificación importante de la teoría clásica del imperialismo, los nuevos dirigentes soviéticos declararon que dicho acuerdo era posible debido al desplazamiento radical del equilibrio de fuerzas en el mundo provocado por el rápido crecimiento de las fuerzas del bloque socialista, y a la desintegración progresiva de la dominación imperialista sobre los países coloniales y dependientes. Este último proceso podía y debía ser acelerado mediante la extensión de la ayuda económica y política a las nuevas naciones.

Diversos aspectos de esta nueva política fueron acogidos con escepticismo en China y en otros países socialistas que sostenían todavía una lucha terrible contra los obstáculos iniciales, los más temibles, en el camino del desarrollo económico. El desacuerdo versaba sobre la oportunidad y la justeza del programa de liberalización en la Unión Soviética a la luz de las necesidades *de conjunto* del campo socialista, sobre la apreciación de las ventajas de una política de «apaciguamiento» con respecto a las potencias imperialistas y sobre la cuestión de saber cuál es la mejor estrategia en la lucha contra el imperialismo, por la paz y el socialismo [28].

Sin embargo, aunque la controversia se fuera acentuando cada vez más en el curso de los últimos años, recién en el otoño de 1961, durante la realización del XXII Congreso del PCUS adquirió la forma violenta de un conflicto esencial, públicamente reconocido. Conservando sus raíces originales el debate se exacerba debido a ciertas circunstancias. En el curso de los dos últimos años, y por razones que sería demasiado extenso exponer aquí, el desarrollo económico de China ha sufrido un rudo golpe [29]. En consecuencia, su necesidad de una amplia asistencia económica por parte de la Unión Soviética ha aumentado considerablemente. Al mismo tiempo, la política soviética continúa empeñada en el proceso de liberalización. Esto ha sido proclamado solemnemente en el programa de edificación socialista en la Unión Soviética adoptado por el Congreso, que prevé para los próximos veinte años no solo aumentos espectaculares del producto nacional bruto, sino también una reducción sensible del tiempo de trabajo de los obreros soviéticos y un mejoramiento sustancial del nivel de vida general del pueblo. Como es natural se plantea la cuestión de saber si es necesario situar tan elevado los objetivos de prosperidad soviéti-

cos como lo hace el nuevo programa, si la política de preservación de la tasa de crecimiento del conjunto de la economía, surgida de objetivos un poco menos ambiciosos en materia de *consumo*, no tendría la ventaja de asignar un lugar importante a un programa de ayuda en gran escala a los demás países socialistas. En otros términos, los dirigentes del Partido de la Unión Soviética, ¿no tienen una visión demasiado estrecha, «nacionalista», de las necesidades de *conjunto* del campo socialista y no se centran demasiado en el rápido mejoramiento de la situación económica del pueblo soviético? Un progreso más rápido de las economías de China, Corea del Norte, Vietnam del Norte y otros países subdesarrollados, ¿no tendría una incidencia mayor sobre el mundo en su conjunto y en particular sobre los pueblos de los países subdesarrollados no socialistas que el hecho de que la Unión Soviética «alcance y supere el nivel de vida norteamericano» en veinte años, como lo señala el nuevo programa, en lugar supongamos de treinta años, como necesitaría si consagrara una parte mayor del producto nacional al progreso de las otras sociedades socialistas?

Estas cuestiones se traducen en términos políticos. Como dije antes, el abandono por la Unión Soviética de la política de austeridad y de restricción del consumo que se había impuesto para acelerar su crecimiento, acompaña el movimiento acelerado de «desestalinización», el retroceso y la desaparición progresiva del sistema de represión política, en gran parte debido, en el régimen anterior, a la necesidad de «ajustarse el cinturón» y del esfuerzo máximo. No es necesario decir que constituye un motivo de regocijo para un socialista ver a la Unión Soviética transformarse en una democracia socialista que goza de los irás elevados niveles de prosperidad y de libertades individuales cada vez más amplias. Ni los chinos, que se mantuvieron notablemente al margen de los abusos del poder de Stalin, ni ningún otro socialista, según mi conocimiento, ha planteado objeciones contra la eliminación y la supresión radicales de todas las aberraciones y de todos los crímenes cometidos por Stalin y sus secuaces. Lo que está en discusión no es la desestalinización como tal, sino el abandono de la política de «marcha forzada» asociada de manera tan sorprendente al nombre de Stalin. Ni China ni ningún otro país socialista está todavía *económicamente maduro* para el «deshielo», y por no estarlo no pueden permitirse la liberalización, la distensión de las presiones sobre el consumo y las consecuencias que de ello derivan. Pero en la hora actual todas estas medidas son no solo realizables en la Unión Soviética, sino que constituyen etapas esenciales hacia el progreso económico, político y cultural de la sociedad soviética. Cuando explicaron a sus pueblos su política de industrialización rápida, de colectivización de la agricultura y de ineluctable reducción del consumo, los gobiernos socialistas de China y de otros países se apoyaron ampliamente en el ejemplo soviético y en la autoridad de Stalin, que era considerado universalmente como el gran arquitecto de los éxitos soviéticos. El trastocamiento violento de esta imagen de Stalin, en un momento en que la política que simboliza no puede todavía ser rechazada, constituye incontestablemente un grave *shock* político para los gobiernos socialistas enfrentados aún a los obstáculos que la Unión Soviética ya pudo superar.

Del mismo modo, en sus relaciones internacionales China y otros países socialistas de Asia se encuentran en una posición muy distinta de la de la Unión Soviética y de los países socialistas de Europa. Partes importantes de sus territorios están todavía bajo el dominio del enemigo, son objeto de discriminaciones políticas, de amenazas militares y de bloqueo económico por parte de las potencias imperialistas. En consecuencia, esos países socialistas de Asia están en condiciones más desfavorables y se sienten menos deseosos de aceptar una disminución de la tensión sobre la base del *statu quo* actual que los países socialistas de Europa. Mientras que en Europa la solución de la cuestión alemana es el único problema importante que obstaculiza un acuerdo al menos temporario, los problemas que se presentan en Asia son numerosos y complejos, y su solución aparece todavía menos probable que un compromiso aceptable sobre Alemania. Esta diferencia de situación objetiva contribuye evidentemente a cristalizar en la Unión Soviética y en China apreciaciones distintas sobre la situación internacional.

En consecuencia, aceptando los riesgos inherentes a toda profecía, me atrevo a decir que a pesar de la elevación de temperatura provocada por el debate en curso, y a pesar de los dardos acerados que se intercambian los protagonistas, el conflicto no infligirá daños irreparables para la causa del socialismo. A largo plazo, la identidad fundamental de las relaciones de producción será un factor más potente que las divergencias momentáneas entre sus dirigentes sobre la estrategia y la táctica a corto plazo. Así como el modo de producción socialista ha sobrevivido a todas las odiosas fechorías de Stalin, las revoluciones socialistas en China y otros países permanecen como hechos históricos irreversibles que no podrán ser alterados, y menos anulados, por las fricciones y los desacuerdos temporarios que afectan sus superestructuras políticas. Los compromisos son posibles y serán probablemente establecidos. Pero si los gobiernos socialistas de los países en litigio no llegaran a establecer un *modus vivendi* aceptable para ambas partes, el alejamiento que de esto resultaría no impediría en modo alguno la continuación del avance de cada país hacia el socialismo, ni su cohesión y su solidaridad con los demás a lo largo del tiempo.

Concluyamos: el hecho dominante de nuestra época es que la institución de la propiedad privada de los medios de producción, que fue alguna vez un potente motor del progreso, está hoy en contradicción absoluta con el progreso económico y social de los pueblos de los países subdesarrollados y con el crecimiento, el desarrollo y la liberación de los pueblos de los países avanzados. El hecho de que la existencia y la naturaleza de este conflicto no haya sido reconocido aun en todas partes y plenamente comprendido por la mayoría de las personas, es uno de los aspectos más importantes, si no el aspecto más decisivo, de este conflicto. Refleja el poderoso ascendiente que ejercen sobre el espíritu de los hombres una serie de creencias, supersticiones y fetiches procedentes de la institución misma de la propiedad privada de los medios de producción, que hoy es urgentemente necesario destruir. El argumento, que actualmente está en primer plano en el pensamiento burgués, según el cual la «adaptación» de las personas a un orden social imperfecto y el hecho

de que no sean capaces ni sientan deseos de rebelarse contra él *prueban* que este orden social responde de manera satisfactoria a las necesidades humanas, demuestra solo que el pensamiento burgués traiciona burdamente sus más bellas tradiciones de humanismo y de razón. Se pregunta cómo hubieran reaccionado los grandes filósofos del Siglo de las Luces si se les hubiera dicho que la existencia de Dios está suficientemente *probada* por el hecho de que muchas personas creen en él. Sustituyendo la ignorancia y las «preferencias manifiestas» a la verdad y a la razón, estremeciéndose de placer ante todas las manifestaciones de irracionalidad o de arcaísmo, en los países avanzados como en los países subdesarrollados, porque ellas parecen probar la imposibilidad de un orden social más racional, el pensamiento burgués ha renegado de sí mismo; ha vuelto a la situación contra la que luchó en su gloriosa juventud: la del agnosticismo y del oscurantismo. El pensamiento burgués abandona así las grandes tareas intelectuales que le habían sido asignadas —buscar y revelar la verdad, guiar y sostener al hombre en su lucha por una sociedad mejor— y desempeña el papel despreciable que consiste en racionalizar lo irracional, en inventar argumentos en favor de la locura, en proveer de justificaciones ideológicas a los intereses creados, y en reconocer como auténticas *necesidades* humanas solo los intereses de los que tienen como única preocupación el mantenimiento del *statu quo*.

Palo Alto, California, marzo de 1962. |

EL CONCEPTO DE «EXCEDENTE ECONÓMICO»

El concepto de «excedente económico» [*surplus*] constituye el eje en el torno al cual se estructura la tesis elaborada fundamentalmente por Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, sobre el estancamiento como tendencia principal del capitalismo monopolista.

Podemos anotar, sin embargo, que tal categoría económica no siempre está formulada con la suficiente precisión en los distintos trabajos de ambos teóricos marxistas. Además, la utilización indiscriminada del concepto de *surplus* tiene determinadas connotaciones políticas y los conduce a sostener posiciones radicalmente distintas de las mantenidas por los marxistas adheridos a la línea tradicional Hilferding-Lenin de interpretación del imperialismo. Agregamos a continuación algunas consideraciones sobre dicha categoría y el significado que asume en los análisis de Baran. Al respecto, recomendamos en especial la lectura del capítulo II («El concepto de excedente económico», de *La economía política del crecimiento*, F. C. E., 1959, pp. 39-61) de Baran, y *Monopoly Capital* de Baran y Sweezy, cuya edición castellana anuncia la editorial mexicana Siglo XXI.

IMPORTANCIA TEÓRICA Y PRÁCTICA DE LA NOCIÓN DE «EXCEDENTE ECONÓMICO»

En su libro *Planificación y crecimiento acelerado* (F. C. E., México, 1965) Charles Bettelheim dedica un capítulo especial al tema, del que extraemos los pasajes más significativos:

«Las razones que justifican la selección de la noción de «excedente económico» como tema de una reflexión específica son numerosas.

Estas razones son, a la vez prácticas y teóricas.

En el aspecto práctico, cualquier política de desarrollo tiende necesariamente a influir sobre el volumen y sobre el uso del excedente económico; de ahí la importancia de una definición tan clara y precisa como sea posible de esta noción y del conjunto de nociones relacionadas con ella.

El carácter estratégico de esta noción aparece, en particular, cuando se examinan los obstáculos prácticos a una elevación rápida de la tasa de crecimiento de la economía y cuando se percibe que el monto limitado del fondo disponible para la inversión constituye solamente una parte de esos obstá-

culos. Esto suscita, especialmente, el problema de la tasa óptima de inversión y de sus relaciones con la tasa de formación del excedente. Aquí aparece la necesidad de un análisis teórico.

La importancia teórica de la noción de «excedente económico» es aún más amplia de lo que puede parecer desde el punto de vista de la sola teoría económica. En efecto, numerosos trabajos recientes, debidos a historiadores, etnólogos, sociólogos y, por supuesto, economistas, han mostrado que, en el aspecto teórico, la noción de «excedente económico» posee una importancia fundamental cuando se quiere comprender un gran número de problemas de la historia, la etnología y la sociología» (p. 104).

LAS TENDENCIAS DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y LA NOCIÓN DE «EXCEDENTE»

«La noción de «excedente» aparece al mismo tiempo que el pensamiento económico sistemático. Es uno de los sentidos profundos de la preocupación de los mercantilistas por una balanza comercial positiva. Es también una de las significaciones del pensamiento fisiocrático relativo a la «productividad» del trabajo agrícola. Se sabe que lo que caracteriza esta «productividad» es que, según los fisiócratas, el trabajo agrícola suministra un excedente que los restantes no proporcionan.

Es con los grandes clásicos, Smith y Ricardo, con los que la preocupación por el crecimiento del excedente y por su aprovechamiento productivo aparece con más claridad. Los ataques de Smith contra lo que él considera «un despilfarro del excedente por parte del Estado feudal o monárquico» son bien conocidos. De la misma manera, Smith critica los gastos de la nobleza y de los ricos mercaderes que utilizan de manera improductiva el excedente económico.

Ricardo expresa preocupaciones análogas, pero en una forma aún más explícita. Cree necesario para el progreso económico que la producción crezca al máximo y que, de este máximo de producción, la mayor parte posible forme el excedente que se apropia el empresario, quien lo reinvertirá. Esta es la razón por la que Ricardo desea que el salario sea lo más bajo posible y, también, que sean lo más bajas posible las rentas de los hacendados. Las mismas preocupaciones, en cuanto a las clases sociales que se apropian del excedente económico y en cuanto al uso que de él hacen y a las repercusiones de este uso sobre el crecimiento económico, se encuentran en todas las obras de los economistas clásicos y son manifestadas todavía por Stuart Mill.

Como se sabe, Marx ha partido de los análisis de los economistas clásicos y los ha colocado en una perspectiva histórica. Ha demostrado que la forma concreta tomada por el excedente económico, su dimensión, su forma de apropiación y su modo de uso «corresponden siempre a un estadio definido del desarrollo del trabajo y de su productividad». Al formular esta observación,

Marx ha insistido sobre las formas históricas tomadas por el excedente y sobre el papel de estas diversas formas en la historia económica, lo cual era un punto de vista extremadamente profundo, confirmado hoy en día por la obra de los historiadores, los sociólogos y los etnólogos.

Por eso, la desaparición de la noción de «excedente económico» de la obra de la mayor parte de economistas no marxistas que escribieron después de 1850-1870 es realmente sorprendente. Las razones de esta desaparición son numerosas. No es mi propósito examinarlas todas; solamente indicaré algunas.

Tenemos, primero, las propias transformaciones económicas y sociales en los países donde vivían estos economistas. En esa época, estos países habían alcanzado la etapa de un capitalismo relativamente desarrollado. Luchar contra el despilfarro feudal del excedente no tenía ya interés pues, prácticamente, el despilfarro ya no existía. Naturalmente, este capitalismo desarrollado tenía sus propias formas de despilfarro del excedente, pero denunciarlas no tenía sentido para economistas que pensaban que este capitalismo era la mejor forma, o la más racional, de la organización social. Para ellos este despilfarro no era tal, no correspondía a un verdadero uso del excedente, pero constituía un costo socialmente necesario de la producción corriente.

En estas condiciones, la magnitud económica al parecer más significativa para el crecimiento era la inversión y no el excedente.

Esta manera de pensar tenía además otro origen. Los economistas de la segunda mitad del siglo XIX habían renunciado al enfoque macroeconómico. Su análisis se situaba a nivel de la empresa y del consumidor. A este nivel, la inversión no parece tener su origen en un excedente *social* sino en una decisión de ahorro *individual*.

Así, el respeto del orden social existente y la atmósfera individualista de este orden social han contribuido a la desaparición de la noción de «excedente» de las obras de los economistas que han vivido en este respeto y en esta atmósfera.

La noción de excedente económico, desde entonces, ha sido parcialmente remplazada por las nociones de inversión y de ahorro. Desgraciadamente estas nociones no son tan ricas. No permiten esclarecer de manera satisfactoria el origen social del ahorro y de la inversión. No permiten sacar a la luz los vínculos existentes entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por una parte, y la amplitud y las formas de uso del fondo de inversión, por otra parte.

A las razones de desaparición de la noción de «excedente» de toda una corriente del pensamiento económico que acaban de ser mencionadas es necesario añadir aún algunas otras:

a) La indiferencia hacia los problemas del crecimiento económico. Hasta época reciente, en efecto, los problemas principales de que se ocupaban los economistas no marxistas eran los de los precios, del equilibrio y de las fluctuaciones económicas, y no los del crecimiento, es decir, de los problemas que se puede tratar de resolver, hasta cierto punto, con ayuda de las solas nociones de beneficio, inversión y ahorro.

b) La preocupación del formalismo y de gran precisión en las definiciones. Pero la noción de excedente, si es fácil de captar intuitivamente, es difícil de formalizar.

Sobre este punto, se recordará la observación de Paul Baran: «El concepto de excedente económico lleva sin duda consigo algunas posibilidades de error, y al aclarar y utilizarlo para comprender el proceso de desarrollo económico, ni las definiciones simples ni las mediciones refinadas pueden sustituir al esfuerzo analítico y al juicio racional. Pero, ciertamente, sería deseable romper con la larga tradición de la economía académica de sacrificar la importancia del tema a la elegancia del método analítico; es mejor tratar en forma imperfecta lo que es sustancial, que llegar al virtuosismo en el tratamiento de lo que no importa». (Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 39).

Paul Baran ciertamente tiene razón; pero no es menos verdadero:

1) que la ausencia de una definición precisa ha conducido a los especialistas a rechazar la noción de excedente económico, cuando hubieran debido hacer un esfuerzo para encontrar una definición utilizable, y

2) que un esfuerzo para la formulación de una definición precisa es hoy urgente, si se quiere reintroducir eficazmente la noción de excedente en el análisis económico corriente», (pp. 108-111).

Bettelheim se refiere luego a algunas de las definiciones de excedente formuladas hasta ahora. Y dice:

«El excedente económico tal como Marx lo ha definido, está constituido por la fracción del producto social neto apropiado por las clases no trabajadoras, cualquiera que sea la forma bajo la cual estas clases utilizan el excedente: consumo personal, acumulación productiva o acumulación improductiva, transferencias a los que suministran servicios no productivos, a los miembros de las clases no trabajadoras, etc. Marx ha analizado las leyes que, en el régimen capitalista, determinan la distribución del producto social entre el excedente (que adquiere entonces la forma de plusvalía) y el producto necesario (que corresponde a lo que Marx llama el «trabajo necesario»). Ha analizado también algunos de los factores que determinan la distribución del excedente económico entre la acumulación y el consumo de las clases dirigentes».

«Estos análisis de Marx —prosigue Bettelheim— son, en mi opinión, un punto de partida indispensable para toda nueva reflexión concerniente al excedente económico. Esto puede verse en los esfuerzos de Paul Baran tendientes a definir algunos aspectos del excedente económico. En su libro *La economía política del crecimiento*, en el capítulo II, Baran define otras tres nociones de excedente; más precisamente, distingue:

1) El «excedente económico real», que define como el excedente de la producción social real corriente sobre el consumo efectivo corriente... El excedente definido de esta manera es idéntico al ahorro o a la acumulación corriente; encuentra su materialización en las diferentes clases de bienes que se añaden a la riqueza social durante un período dado.

2) El «excedente económico potencial» que es «la diferencia entre la producción que podría obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda

de los recursos productivos utilizables, y lo que pudiera considerarse como consumo esencial» (*op. cit.*, p. 40).

3) Por último, Paul Baran define el «excedente económico planeado». Dice a este respecto que «el excedente económico planeado es importante únicamente para la planificación económica cabal del régimen socialista. Este tipo de excedente es la diferencia entre el producto «óptimo» que puede obtener la sociedad en un ambiente natural y técnico históricamente dado y en condiciones de una utilización planeada «óptima» de todos los recursos productivos disponibles, y el volumen «óptimo» de consumos que se elige» (p. 60).

«Si la primera de las tres nociones anteriores, en razón de su identidad con las nociones de ahorro y de inversión, no añade, en mi opinión, ningún instrumento analítico nuevo a aquellos de los que disponían los economistas, las otras dos nociones me parecen extremadamente importantes. Los análisis que Paul Baran presenta demuestran cuán rica es la noción de excedente económico y cuán necesaria es para una teoría económica que trate no solamente de describir el pasado sino también de evaluar las potencialidades del presente y del futuro.

En lo personal, pienso que estos análisis de Paul Baran constituyen un aporte fundamental al progreso del pensamiento económico. En mi criterio, las nociones de excedente económico potencial y de excedente económico planeado deben ser conservadas y debe ahondarse en ellas» (pp. 112-114).

EXCEDENTE ECONÓMICO Y PLUSVALÍA

Detengámonos, sin embargo, en el concepto que plantea mayores dificultades, a saber el de «excedente económico *potencial*».

Baran considera que el excedente económico *potencial* está constituido por la diferencia entre la producción que SE PODRÍA obtener en un ambiente técnico y natural dado (mediante la ayuda de la totalidad de los recursos productivos utilizables) y el consumo RACIONAL o ESENCIAL. Esta categoría *excluye* de la plusvalía lo que podría ser denominado «consumo esencial de los capitalistas» y aquellos gastos gubernamentales considerados como *esenciales*, esto es racionales [pero ello implica la necesidad de un concepto de *racionalidad* lo suficientemente preciso y universal para saber distinguir entre lo que es esencial y lo que no lo es. Y aquí reside quizás la dificultad principal que plantea esta categoría]; pero *incluye* algo que deja de lado la plusvalía: la producción perdida a causa del desempleo o el mal uso de los recursos productivos. Según Baran, «este excedente aparece bajo cuatro aspectos distintos: 1) es el consumo excesivo de la sociedad (predominantemente de los grupos de elevados ingresos, pero en algunos países... también de las llamadas clases medias; 2) es el producto que pierde la sociedad por la existencia de trabajadores improductivos; 3) es el producto perdido a causa de la organización dispendiosa e irracional del aparato productivo existente; 4) es el producto no materializado a causa de la existencia del desempleo, el cual se debe fun-

damentalmente a la anarquía de la producción capitalista y a la insuficiencia de la demanda efectiva... Su realización presupone una reorganización más o menos drástica de la producción y distribución del producto social, e implica cambios de gran alcance en la estructura de la sociedad» (EPC., pp. 40-41).

Este concepto, de por sí bastante ambiguo, presenta enormes dificultades para su determinación estadística, dificultades que Baran refiere al hecho de que la categoría de *surplus* «potencial», «trasciende el horizonte del orden social existente, al relacionarse no solo con la actuación fácilmente observable de una organización socioeconómica dada, sino también con la imagen menos fácil de concebir, de una sociedad ordenada en forma más racional» (EPC, p. 41).

Ahora bien, ¿cuáles son las razones que impulsan a Baran y a Sweezy a sustituir el concepto de «plusvalía», por el de «excedente económico» (en sus distintas formas)? Las razones surgen claramente de lo expuesto con anterioridad. Son los cambios producidos en la utilización del excedente, y las distintas formas que este adquiere, los que reclaman la utilización de categorías analíticas que mantengan una mayor adherencia con la realidad presente de la sociedad capitalista-monopolista. Para ambos autores, la «plusvalía» es identificada en la mente de la generalidad de los marxistas, precisamente como la suma de ganancia, interés y renta. Es cierto que Marx «demostró en algunos pasajes de *El capital* y de *Teorías sobre la plusvalía*, que la «plusvalía» comprende también otros elementos como las entradas del Estado y de la Iglesia, los gastos de transformación de las mercancías en dinero y los salarios de los obreros improductivos. Sin embargo, en general considera a esos elementos como factores secundarios y los excluye de sus esquemas teóricos fundamentales. Somos de opinión que con el capitalismo monopolista este modo de proceder no se justifica más y esperamos que una modificación terminológica (el uso del concepto de «surplus» en lugar del de «plusvalía») ayude a realizar la necesaria modificación teórica...» (*Monopoly Capital*, p.10).

SIGNIFICACIÓN TEÓRICA E IDEOLÓGICO-POLÍTICA DE LA UTILIZACIÓN DEL CONCEPTO DE «EXCEDENTE».

La sustitución de la categoría de «plusvalía» por la de «excedente» no se reduce, por lo tanto, a un mero problema de terminología. Significa un desplazamiento del centro del análisis, no puesto ya en el campo de la *producción*, como en Marx, sino en el de la *distribución*. Sin embargo, podemos preguntarnos si al realizar tal desplazamiento no renuncian de hecho al instrumento interpretativo fundamental de la sociedad capitalista, premisa y móvil de la organización de la lucha por su superación, no renuncian al concepto de *explotación* y a la consecuente figura teórica de la *plusvalía*. Ambos autores ¿no resultan de hecho prisioneros de lo que Marx denomina la «apariencia»

capitalista? Para cualquier marxista que se precie de tal la «plusvalía» es un concepto mucho más profundo que el identificado por la mera adición de ganancia + interés + renta, puesto que se vincula al momento mismo de la *producción* de mercancías y a las relaciones sociales sobre las que esta se funda en el régimen capitalista. Pero si el campo de la producción (vale decir, el campo de *cómo se genera* la plusvalía o el excedente), es dejado de lado en el análisis, y la atención está puesta en el proceso de absorción del excedente, se deja de lado también el estudio de las consecuencias que acarrearán las transformaciones técnicas típicas del período del capitalismo monopolista sobre el carácter del trabajo, la composición y diferenciación de la clase obrera, la psicología de los trabajadores, las formas de organización y de lucha de la misma clase obrera. Desde el punto de vista de la distribución y del «consumo» en la «sociedad opulenta», la clase obrera de los países capitalistas avanzados aparece entonces como integrada al sistema y desaparece como agente del cambio histórico. Su puesto es ocupado por los marginados de la sociedad capitalista, los desocupados y no ocupables, los trabajadores agrícolas sin puestos fijos, los habitantes de los guetos sociales de las grandes ciudades, las minorías raciales, los intelectuales, y las masas explotadas del Tercer Mundo. A partir de esto, es coherente la conclusión que extraen Baran y Sweezy en *Monopoly Capital*: «La iniciativa revolucionaria anticapitalista que pertenecía al proletariado de los países desarrollados ha pasado a manos de las masas empobrecidas de los países subdesarrollados que luchan por liberarse de la dominación y de la explotación imperialista. Son las exigencias de esta lucha de clase internacional, como tratamos de demostrar, las que desempeñan un papel cada vez más decisivo en la determinación de la utilización del *surplus*, y por tanto, de todo el carácter total de la sociedad en las potencias imperialistas dominantes» (pp. 9 y 218). En lo que respecta a los Estados Unidos, «el problema racial, representa uno de los nexos críticos entre la lucha de clase internacional y el equilibrio interno de las fuerzas sociales en los EEUU», los obreros de la industria, por el contrario, «constituyen una decreciente minoría de la clase obrera americana y sus centros organizativos en las industrias fundamentales han sido en gran medida integrados en el sistema como consumidores y miembros de la sociedad, ideológicamente condicionados» (p. 363).

Son estas formulaciones las que impulsan a un crítico comunista italiano (cf. Giorgio Mori: «Un contributo alla teoria del capitale monopolistico», *Critica marxista*, V, n. 6, 1967, p. 84) a afirmar lo siguiente: «Estamos convencidos, sin embargo, que este libro [se refiere a *Monopoly Capital*] constituye la primera elaboración efectiva, articulada, y formalmente argumentada, de la plataforma de un verdadero neorrevisionismo, el revisionismo correspondiente a una época histórica en la que el revisionismo tradicional, de impronta socialdemócrata, ha fracasado por completo y se ha desplazado, en el plano ideal y cultural, al campo de los que luchan por mejorar, corregir, revitalizar la sociedad capitalista. Una época en la que el revisionismo tradicional es extraño a la lucha por el socialismo».

Sin embargo, no podemos considerar como satisfactoria esta caracterización del grupo de intelectuales que dirigen *Monthly Review*, una de las pocas

publicaciones marxistas independientes que ha logrado sobrevivir en los Estados Unidos. Así como tampoco es satisfactoria la respuesta polémica «ortodoxa» contra la estrategia planteada por los teóricos de la primacía revolucionaria del Tercer Mundo. Muchos de los hechos producidos en el mundo en las últimas décadas parecieran confirmar algunas de sus tesis fundamentales. A partir de las limitaciones técnicas de los partidos comunistas, surgen como es obvio tendencias centrífugas que intentan elaborar nuevas interpretaciones. En una época, podía ser fácil combatirlas, porque el patrón de medida lo constituía su grado de alejamiento del centro considerado como guía. Hoy, dicho centro no existe. Ninguna autoridad puede decidir sobre la veracidad científica de un postulado. La «cientificidad» de una concepción estratégica deberá resolverse en el análisis de sus propios postulados, de su coherencia interna, de la acción política a que pueda dar lugar. Tampoco se los puede acusar, como era costumbre, de compromiso con el imperialismo («¿Cómo silenciar —dice Mori en el artículo citado— el hecho de que *Monopoly Capital* tiene una simple y provocadora dedicatoria: «For Che», que repugnará a la enorme mayoría de sus compatriotas colegas de profesión?»). Es preciso admirarlos por su capacidad de resistencia en un medio tan hostil como es el de los Estados Unidos. Los recientes sucesos de Francia demuestran que muchas cosas han cambiado y otras se niegan a cambiar en el interior de las fuerzas socialistas. Indudablemente, habrá gente que se encargará de extraer, de estos sucesos, las consabidas conclusiones sobre la imposibilidad práctica de la ruptura revolucionaria. Otros, quizás los menos, someterán las teorías al arma de la crítica. Y este es un hecho muy positivo. Cuando en la historia se produce un viraje radical, las cristalizaciones teóricas estallan en mil pedazos. Y lo que en la superficie aparece como fragmentación total del mundo socialista, en su esencia no es más que otro paso adelante en la conquista del hombre nuevo en una sociedad racional. «Gris es la teoría, amigo mío, pero verde es siempre el árbol de oro de la vida», repetía siempre Lenin recordando las sabias palabras del *Fausto*.

Pasado y Presente. |

NOTAS

[1] Discurso pronunciado ante la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia, en Nueva York, el 27 de diciembre de 1960 y publicado en *Monthly Review* de febrero de 1961. Los subrayados son del original.

[2] Para evitar un posible malentendido digamos que los trabajadores intelectuales pueden ser (y algunas veces lo son) intelectuales, y que los intelectuales son frecuentemente trabajadores del intelecto. Digo frecuentemente, porque más de un trabajador industrial, artesano o granjero puede ser (y lo ha sido a menudo en algunas situaciones históricas) un intelectual sin necesidad de ser un trabajador del intelecto.

[3] Esta cuestión es explicada ampliamente en el capítulo III de nuestra obra: *La economía política del crecimiento* F.C.E., México, 1959, pp. 62-107.

[4] Con referencia a la modificación del concepto clásico de ideología, Baran señala lo siguiente en su libro *La economía política del crecimiento*: «De hecho, es dudoso que el término «ideología», tal como convencionalmente se usa en la sociología del conocimiento, sea aplicable en el capitalismo monopolista. Aún cuando denota una concepción inadecuada parcial y prejuiciada de la realidad, imputable a la estructura de la sociedad y al lugar que en esta ocupa una clase, la «ideología» tiene dos características importantes. La inadecuación, parcialidad y prejuicios que la han convertido en una verdad a medias, hacen que comparta al mismo tiempo la verdad misma. En otras palabras, abarca un aspecto de la verdad al expresar algunos puntos de vista de la realidad y ciertos intereses compartidos en realidad, por una clase o estrato social. Por esta razón, una «ideología» es *creída* firmemente por aquellos que la comparten; no es algo que puedan cambiar, quitar o ajustar a voluntad. En este sentido, la «ideología» es similar a la «racionalización» de Freud, excepto que en la primera se considera como surgiendo de la estructura de la sociedad y la última de la estructura psíquica del individuo (el que a su vez está determinado por la sociedad en que vive). Un concepto totalmente distinto es el conjunto de nociones inadecuadas, parciales y prejuiciadas, que se implantan *conscientemente* en la mente de los hombres mediante las manipulaciones de una clase, con objeto de lograr ciertos fines al inducir la aceptación más o menos general de ellos. Por lo tanto, en la época del capitalismo monopolista, época en la que las creencias, los valores y las convicciones sucumben cada vez más ante el ataque pragmático, la ideología cede rápidamente ante el acondicionamiento de las masas, sus ajustes, etc., dejando de ser su estudio parte de la sociología del conocimiento para trasladarse al reino de las investigaciones en la conducción de la opinión. Como brillantemente lo percibió Engels, «la ideología es un proceso que el llamado pensador cumple conscientemente, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motrices que le impulsan le permanecen desconocidas, pues de lo contrario no sería un proceso ideológico» (carta a Mehring del 14 de julio de 1893)». *La economía política del crecimiento*, FCE, México, 1959, pp. 118-119.

[5] «Lo que en nuestra economía privada se denomina derroche es la manera en que las personas ganan su vida y al hacerlo expanden el bienestar entre todos. Es la manera en que todos nosotros nos procuramos nuestras escuelas resplandecientes, nuestros hospitales, nuestras rutas y otros equipamientos «públicos»». *The Wall Street Journal*, 7 de octubre de 1960, p. 16.

[6] «The Corporation: How much Power? What Scope?» [*La sociedad anónima, su poder, su dominio*] en Edward S. Masón, *The Corporation in Modern Society* [*La sociedad anónima en la sociedad moderna*], Cambridge, Massachusetts, 1959, p. 101.

[7] *Ibid.*, p. 2.

[8] Tibor Scitovsky, «On the Principle of Consumers' Sovereignty» [*El principio de la soberanía del consumidor*], *American Economic Review*, mayo de 1962. Agradezco al profesor Scitovsky que me haya suministrado una copia de este artículo antes de su publicación.

[9] Cf., por ejemplo, James Cook, *Remedies and Rackets* [Remedios y Jaleos], New York, 1958, *passim*; y *Behind the F.C.C Scandal* [Detrás del escándalo de la F.C.C.], *Monthly Review*, abril de 1958.

[10] Cf. *Goals for Americans* [Objetivos para los Americanos]. Informe de la Comisión presidencial para los fines de la Nación, New York, 1960, *passim*.

[11] *Welfare and Competition: The Economics of a Fully Employed Economy*, Chicago, 1951, p. 450, (hay edic. cast.).

[12] «En ese mismo momento, los medios oficiales se inclinaron por una nueva oleada de pedidos militares, con preferencia a un gran programa de trabajos públicos o a una reducción de los impuestos, en el caso en que decidieron que la economía necesitaba de un nuevo impulso» (*Business Week*, 9 de diciembre de 1961). Y esta «inclinación oficial» no existe solo «en ese mismo momento». En efecto, «ciertos consejeros militares son favorables a la idea de los refugios, pero quieren plantearla en el momento en que la economía necesite de un estimulante». (*Ibid.*, 4 de noviembre de 1961). Los refugios están destinados, por lo tanto, a proteger a las personas no contra las cenizas radioactivas sino contra la crisis y la desocupación.

[13] Citado en Stuart Henderson Britt, *op. cit.*, p. 31.

[14] Para un examen más extenso de esta cuestión, cf. mi trabajo *Marxism and Psychoanalysis*, New York, 1960 (hay edic. cast.: *Marxismo y psicoanálisis*, M.R. Jorge Álvarez, Bs. As.), que contiene una conferencia sobre ese tema, las críticas y mi respuesta.

[15] Simone de Beauvoir, *Los mandarines*, Edit. Sudamericana, Bs. As. 1962, 3ª Ed.

[16] Cf. su comentario a mi libro *La economía política del crecimiento* en *The American Economic Review*, marzo de 1958, p. 164 ss.

[17] Le ha correspondido a Schumpeter, seguido luego por Berle, Galbraith y otros, hacer un esfuerzo por salvar el «honor» de las ganancias de los monopolios proclamando que tales ganancias eran también «costos de producción necesarios». Esta proeza fue realizada al señalar que, para que se produzcan innovaciones técnicas, es necesario que los innovadores puedan realizar las ganancias de monopolio, y que es la ganancia de monopolio la que permite a las empresas mantener los costosos laboratorios de investigación, etc. El vicio estático se convierte así en una virtud dinámica, y la aprobación global del *statu quo* destruye la última tentativa hecha por la teoría económica por conservar un mínimo de criterios racionales aplicables al funcionamiento del sistema capitalista.

[18] Es claro que si el salario de los 20 trabajadores improductivos es superior a cinco panes por persona, como es realista suponerlo, entonces será preciso disminuir los salarios de los obreros panaderos, o las ganancias, o ambas cosas. En el primer caso, el excedente es más elevado; si se disminuye las ganancias, sigue

siendo el mismo; si se reducen ambos, el excedente se acrecienta en proporción a la reducción de salarios.

[19] Sea dicho al pasar, esta ilustración nos muestra otras dos cosas interesantes. La primera, es que las estadísticas habituales tienden a sugerir que la productividad por trabajador de la industria panadera aumentó menos de lo que en realidad aumentó. Si hay 100 hombres empleados en la empresa en cuestión durante el período I y el período II, a pesar de que la producción ascendió de 200 a 1000 panes, parecería que la productividad aumentó en un 400% y no en 525% como ocurrió en realidad. Ciertamente es que una atenta «depuración» del denominador fuerza de trabajo utilizado en este cálculo, con vistas a limitarlo únicamente a los *trabajadores productivos*, podría corregir este error, pero las estadísticas habituales mostrarían que los salarios han aumentado exactamente en la misma proporción que la productividad (de uno y cinco panes), mientras que en realidad los salarios de los *trabajadores productivos* quedaron muy atrás con respecto a su *productividad*. Si las estadísticas oficiales ofrecen indicaciones tan falaces, ello no ocurre evidentemente por azar: es el efecto de las concepciones que guían sus presupuestos. Si la noción de «excedente económico» no ha sido reconocida oficialmente, y si la casi insignificante distinción entre trabajadores «en la producción» y «otros» sustituye a la diferencia capital entre trabajadores *productivos* e *improductivos*, las estadísticas existentes disimulan en lugar de aclarar un aspecto tan importante de la realidad capitalista.

[20] *American Capitalism: the Concept of Countervailing Power* [El capitalismo americano: el concepto del poder compensatorio], Boston, 1952, p. 103.

[21] *Slums and Suburbs: A Commentary on Schools in Metropolitan Areas* [Tugurios y suburbios: comentario sobre las escuelas de las grandes ciudades], New York, Toronto, Londres, 1961, p. 33.

[22] Después de la primera edición de mi libro, América Latina ha entrado en la zona de experiencias socialistas.

[23] La extensión del mal que hace al magnífico esfuerzo revolucionario del pueblo cubano la estrategia del «cerco económico» establecido por el imperialismo yanqui, nos ofrece el ejemplo más conmovedor y consternante.

[24] Aquellos a quienes la propaganda mentirosa del imperialismo les hace creer que la acumulación de enormes armamentos en los EEUU es debida a la amenaza de una agresión por parte de los países socialistas, deben leer la obra monumental del profesor D. F. Fleming, *The Cold War and its Origins* [La guerra fría y sus orígenes], 2 vol., New York, 1961, así como el relato revelador del desarrollo real de las negociaciones sobre el desarme en el curso de los años recientes, por el profesor J. P. Morray, *From Yalta to Disarmament: Cold War Debate* [De Yalta al desarme: Debate sobre la guerra fría], New York, 1961. Es imposible creer que quien quiera reconocer la verdad puede menos que quedar impresionado por las pruebas irrefutables reunidas en estos estudios extraordinarios.

[25] La situación es evidentemente muy distinta en las regiones donde el subempleo de mano de obra en la agricultura corresponde a una subutilización de las tierras cultivables, como es el caso de Cuba. En estas circunstancias, la producción agrícola total puede, por lo menos al comienzo, aumentar rápidamente por medio del cultivo de superficies anteriormente incultas, aunque en tales casos la

falta de instrumentos de roturación, de abonos y de ganado provoca dificultades considerables.

[26] Después de la Segunda Guerra Mundial, la situación se agravó seriamente, en particular en la Unión Soviética, por las pérdidas que la población agrícola masculina había sufrido en mayor medida que el proletariado industrial, con frecuencia exceptuado del servicio militar.

[27] La experiencia soviética de los diez últimos años ofrece una excelente ilustración.

[28] En Albania, y quizás en otras partes, parece pensarse que los subsidios y los créditos soviéticos a los países subdesarrollados no socialistas no reflejan otra cosa que una ilusión, la de ver a los gobiernos no socialistas de esos países alinear-se sinceramente en la causa de la paz y del socialismo. En el momento decisivo, sin consideración alguna por las ventajas extraídas de la Unión Soviética y de los otros países socialistas, esos gobiernos traicionarán a sus benefactores y se unirán al campo imperialista. De tal manera, afirman, los recursos acordados a amigos tan poco seguros constituyen una pura pérdida mientras que podrían haber sido empleados más útilmente para ayudar a los países socialistas.

[29] En Albania la situación parece aún peor, pero según algunas informaciones la causa reside principalmente en la incompetencia flagrante de los dirigentes del Partido.

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

Uno de los aportes esenciales de Baran a la ciencia económica está constituido por su análisis del excedente económico, de su contenido, sus diversas formas y las contradicciones vinculadas a su existencia y crecimiento.

Establece una clara oposición entre necesidades y deseos humanos. Muestra cómo en la sociedad capitalista actual se desarrolla una contradicción creciente entre las necesidades humanas reales y los deseos manifiestos de los hombres. El único remedio de que dispone el sistema capitalista para resolver esta contradicción es la multiplicación del derroche en el sector público y privado de la economía. «La irracionalidad de esta «cura» —sostiene Baran— es obvia, así como es claro que la única solución racional consiste en la planificación social de la producción y la distribución de bienes y servicios. Pero tal planificación social es imposible sin la propiedad social de los medios de producción, sin una transformación socialista de la propiedad. Nunca como ahora aparece claramente la necesidad de esta transformación, ya que nunca la fractura entre la potencialidad de la sociedad y sus capacidades de realización ha sido tan amplia como en el estado actual del capitalismo monopolista. Pruebas de tal necesidad son la gran cantidad de tugurios, la pobreza e Ignorancia de millones de familias en el país más rico del mundo. Otra prueba es también la decadencia moral, cultural e intelectual que domina a todo el mundo capitalista más avanzado, además de la miseria de centenares de millones de hombres en los países subdesarrollados; hombres cuya suerte podría ser transformada drásticamente si sólo una parte de los recursos permanentemente despilfarrados en los EEUU fuese empleada para ayudarlos a superar su atraso actual».



**EDICIONES
UNO EN DOS**